



#157
ABRIL
MAYO
JUNIO
2025



Homilías

P. Antonio Rivero, L.C. | Sacerdos

5 años

LOGOS | CENTRO SACERDOTAL

www.centrologos.org

*Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.

QUINTO DOMINGO DE CUARESMA

Ciclo C

Textos: Is 43, 16-21; Filp 3, 8-14; Jn 8, 1-11

DOMINGO DE RAMOS

Ciclo C

Textos: Lc 19, 28-40; Is 50, 4-7; Filp 2, 6-11; Lc 22, 14-23, 56

JUEVES SANTO

Ciclo C

Textos: Ex 12, 1-8.11-14; 1 Co 11, 23-26; Jn 13, 1-15

VIERNES SANTO

Ciclo C

Textos: Is 52, 13-53, 12; Heb 4, 14-16; 5, 7-9; Jn 18, 1-19, 42

VIGILIA PASCUAL

Ciclo C

Textos: Gn 1, 1-2, 2; Gn 22, 1-18; Ex 14, 15 - 15, 1; Is 54, 5-14; Is 55, 1-11; Ba 3, 9-15. 32 - 4, 4; Ez 36, 16-28; Rm 6, 3-11; Mc 16, 1-7

DOMINGO DE PASCUA

Ciclo C

Textos: Hechos 10, 34a. 37-43; Col 3, 1-4; Jn 20, 1-9

SEGUNDO DOMINGO DE PASCUA O DE LA DIVINA MISERICORDIA

Ciclo C

Textos: Gn 15, 5-12. 17-18; Filp 3, 17 4,1; Lc 9, 28b-36

TERCER DOMINGO DE PASCUA

Ciclo C

Textos: Hech 5, 27b-32.40b-41; Ap 5, 11-14; Jn 21, 1-19



CUARTO DOMINGO DE PASCUA

Ciclo C

Textos: Hech 13, 14.43-52; Ap 7, 9.14b-17; Jn 10, 27-30

QUINTO DOMINGO DE PASCUA

Ciclo C

Textos: Hech 14, 21b-27; Ap 21, 1-5a; Jn 13, 31-33a.34-35

SEXTO DOMINGO DE PASCUA

Ciclo C

Textos: Hech 15, 1-2.22-29; Ap 21, 10-14.22-23; Jn 14, 23-29

SÉPTIMO DOMINGO DE PASCUA SOLEMNIDAD DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

Ciclo C

Textos: Hech 1, 1-11; Heb 9, 24-28; 10, 19-23; Lc 24, 46-53

SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS

Ciclo C

Textos: Hech 2, 1-11; Rom 8, 8-17; 10, 19-23; Jn 14, 15-16.23b-26

SOLEMNIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Ciclo C

Textos: Prov 8, 22-31; Rom 5, 1-5; Jn 16, 12-15

SOLEMNIDAD DEL CUERPO Y LA SANGRE DE CRISTO

Ciclo C

Textos: Gn 14, 18-20; 1 Co 11, 23-26; Lc 9, 11-17

DUODÉCIMO DOMINGO TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Zac 12, 10-11; Gal 3, 26-29; Lc 9, 18-24

SOLEMNIDAD DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Ciclo C

Textos: Ez 34, 11-16; Rom 5, 5-11; Lc 15, 3-7

DÉCIMO TERCER DOMINGO TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: 1 Re 19, 16b.19-21; Gal 5, 1.13-18; Lc 9, 51-62

DÉCIMO CUARTO DOMINGO TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Is 66, 10-14c; Gal 6, 14-18; Lc 10, 1-12.17-20

DÉCIMO QUINTO DOMINGO TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Deut 30, 10-14; Col 1, 15-20; Lc 10, 25-37



QUINTO DOMINGO DE CUARESMA

Ciclo C

Textos: Is 43, 16-21; Filp 3, 8-14; Jn 8, 1-11

Idea principal: Vamos a ver quién tira la primera piedra contra el pecador.

Síntesis del mensaje: La misericordia de Dios nos invita a no recordar lo pasado (1ª lectura), pues las aguas impetuosas de su gracia desde el bautismo limpiaron nuestra conciencia, abrieron camino en el desierto de nuestra vida y hicieron correr ríos en la tierra árida de nuestro corazón. Esa misericordia divina, como a san Pablo, nos dio alcance y nos ha conquistado, lanzándonos hacia delante, sin mirar atrás, hacia la meta de la santidad (2ª lectura). Finalmente, esa misericordia divina se encarnó en Cristo que en la confesión nos absuelve de nuestros pecados y nos pone un compromiso: “*Vete y no vuelvas a pecar*” (Evangelio) y también a no tirar la piedra de nuestra condena a nadie, pues no somos jueces.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, ¿quién puede tirar la primera piedra contra *este mujer sorprendida en adulterio*? Esta mujer del evangelio es soltera, virgen y novia. Por eso los acusadores, juristas de profesión, piden contra ella la pena de muerte a pedradas y, así, por lapidación se ejecutaba entonces a la adúltera soltera, virgen y novia prometida (cf. Dt 22, 24), porque a la otra, a la adúltera casada, se la ejecutaba por

libre (cf. Lv 20, 10; Dt 22, 22), ordinariamente por estrangulación. Que aquí hay un adulterio, lo hay, porque los acusadores saben lo que se juegan si mienten, porque ella sabe la muerte que la espera y no rechista, porque Jesús le dice: “*No peques más*”. Señal de que había pecado. Señal de que el adulterio es pecado y, a juzgar por el castigo legal, pecado grave y, según la doctrina de san Pablo, pecado mortal de condenación eterna (cf. 1 Co 6, 9). ¿Y qué fue del hombre con quien adulteró? Tal vez era un huido porque, aunque los cogen *in fraganti*, ni rastro. ¿Saltó por la ventana? Cuando el marido entra por la puerta, el adúltero salta por la ventana, a veces bota mal en el suelo y queda cojo para toda su vida. Este casado adúltero tiene a su favor la ley del embudo: para el hombre lo ancho, para la mujer, lo agudo. Mucho se ensañan los hombres y las mujeres con la adúltera: ellas, con sus críticas la marcan a fuego, como a una res, para los restos. Y ellos, dispuestos a apedrearla. Amigo, ¡aquí nadie tira una piedra ni la coge del suelo ni la toca ni la mira! Porque no hay un solo inocente en el mundo, aquí todos pecadores. Y los peores, los pecadores del mismo palo, que apedrean a sus iguales para disimular su personal pecado. Los peores no son los jóvenes, ingenuos todavía, sino los viejos, con más trapacerías que años, arteros en eso de tirar la piedra y esconder la mano.



En segundo lugar, ¿Jesús tirará la piedra? Si Jesús elige dejar de lado el mandato bíblico podría ser acusado de quebrantar la ley de Dios y, por tanto, condenado; si elige apartarse en este caso de lo que ha enseñado –amor y misericordia- contradiría sus propias enseñanzas, perdiendo así toda autoridad. Sin embargo, como a lo largo de todo el evangelio, los enemigos se verán confundidos por la sabiduría del Maestro que los deja sin respuesta y los pone ante la obligación de cambiar, ellos sí, de actitud ante la verdad que les es anunciada. Cristo usa con esos enemigos una técnica con estos pasos: *primero*, la indiferencia, *“inclinándose comenzó a escribir en el suelo con el dedo”*. *Segundo*, ante la insistencia para que tire la piedra, Jesús *da una respuesta habilísima* que logra tres fines: ponerse del lado de la ley, con lo que no podrán acusarlo; perdonar a la pecadora, que es lo que su corazón quiere, y confundir la maldad de los hipócritas: *“El que no tenga pecado, que arroje la primera piedra”*. Les invita a entrar dentro de sí mismos. Quien esto hace, se descubre pecador también. Pero los fariseos y escribas estaban ciegos por la soberbia. Jesús, que condena el adulterio, salva a la adúltera: *“Tampoco yo te condeno”* a muerte. Se condena el pecado, pero no al pecador. En la historia de la humanidad, hubo un solo inocente que, llegado el momento de tirar la primera piedra, se agachó, garabateaba en el suelo, se hizo el distraído, espantó a todos los acusadores y, erguido, dijo a la mujer ya de pie: *“Yo tampoco te condeno”*.

Finalmente, ¿qué podemos aprender nosotros hoy? ¡Cuántos de nosotros tal vez guardamos piedras para arrojarlas contra nuestros hermanos pecadores! ¡Cuántos ya tiraron piedras con la lengua afilada, con actitudes de odio, de desprecio y de silencio! ¡Cuántos están ya dispuestos a tirarlas contra los gobernantes, contra el Papa, los obispos, sacerdotes, jefes

de trabajo, parientes, vecinos, parroquianos, compañeros de grupos...! Aprendamos estas cosas: *primero*, no desesperemos ante nuestros pecados, pues Dios es misericordia. *Segundo*, no demoremos la conversión al Señor ni la atrasemos de un día para otro. *Tercero*, la finalidad de la ley es la gloria de Dios y la salvación del hombre. Quien la aplica sin caridad, como estos fariseos del evangelio de hoy, sin buscar que el pecador se arrepienta y recupere la dignidad de hijo de Dios, contradice la voluntad de Dios mismo, que quiere que todos se salven (1 Tm 2,4). ¡Ay de aquel que se cubra con la máscara de la justicia y de la virtud, sin caridad en el corazón! Sí, debemos ser inflexibles con el pecado, pero llenos de misericordia con el pecador.

Para reflexionar: ¿Juzgo a mis hermanos? ¿Tengo misericordia en mi corazón? ¿He meditado lo suficiente esta frase de Cristo: *“Porque en la medida con que midáis, se os medirá también”* (Mt 7,2)?

Para rezar: *Señor, ten piedad de mí que soy un pecador. Dame un corazón misericordioso como el Tuyo. No permitas que caiga en la tentación de juzgar y criticar a mis hermanos. Yo también me equivoco y fallo. Enséñame a descubrir en los demás lo mejor de cada uno, sus virtudes y sus buenas obras. Ayúdame Señor, a olvidar con prontitud todo cuanto me han ofendido. Aparta de mí todo sentimiento negativo y de rencor, toda emoción negativa acumulada en mi corazón que causa resentimiento y malos deseos. Amén.*



DOMINGO DE RAMOS

Ciclo C

Textos: Lc 19, 28-40; Is 50, 4-7; Filp 2, 6-11;
Lc 22, 14-23, 56

Idea principal: Tres símbolos nos remiten hoy a realidades profundas: el asno, unos gritos y una cruz.

Síntesis del mensaje: Con este domingo damos inicio a la Semana Santa o Semana Grande, que es mitad Cuaresma (hasta la Eucaristía del Jueves) y mitad Triduo Pascual (desde esa Eucaristía hasta la Vigilia Pascual y luego todo el domingo). Este domingo tiene dos dimensiones: las alabanzas que la multitud dedicó a Jesús en la entrada a Jerusalén, con palmas y Hosannas, y luego la Eucaristía, más adusta, con la lectura de la Pasión del Señor. Y entre los gritos y la cruz, un asno.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, el Señor necesita del asno. Pero del asno desamarrado y adornado ricamente. Ese asno, con todo el respeto, somos cada uno de nosotros. Jesús quiere echar mano de nosotros para entrar a Jerusalén y ser proclamado como Rey. Jesús quiere entrar en la ciudad montado en un burro. Es decir, podría haber entrado solo pero quiso “usar” el burro. Es más, gracias -podríamos decir así- al burro, la profecía fue cumplida. Esto me hace pensar en que Jesús quiere siempre usar un “burro” para entrar a la ciudad de los hombres. Y ese burro lo inventó él: se llama Iglesia. La construyó con doce cimientos (apóstoles) dentro de los cuales

destacó a uno, Pedro. La hizo nacer de su costado abierto por la lanza del soldado y le dio un alma en Pentecostés: el Espíritu Santo. Desde entonces es el “instrumento” a través del cual la salvación de Jesús llega a la humanidad. ¡Qué maravilla la de que estemos, los bautizados, asociados de esa manera a la redención que estamos celebrando en esta Pascua! Eso sí, no olvidarnos nunca que lo hacemos como “simples burros”. Que no nos pase lo que dice la simpática leyenda, que pone atención en los “sentimientos” del burro. Este animalito estaba tranquilo en su casa. De pronto vienen dos desconocidos y se lo llevan. Lo tratan muy bien y, encima, adornan ricamente. Alguien lo monta, pero el burro no lo nota porque está halagado por todo lo que le está ocurriendo. Y comienza a caminar entre la muchedumbre. La gente se ha hecho ramos de olivos y palmeras y lo vitorea proclamando al rey Mesías. Entonces el burro se da cuenta de lo famoso e importante que es y se para en dos patas para saludar a la gente que lo aplaude. En ese mismo momento... el rey de reyes se le cae al piso. A veces nos ponemos en el centro de la fe: buscamos ser alabados, reconocidos, escuchados. Y en ese momento, Jesús termina en el piso porque somos nosotros el centro.

En segundo lugar, en este día escuchamos dos tipos de gritos. Unos de júbilo. Otros de desprecio.



¡Cuántos a lo largo de los siglos han vitoreado a Cristo como Rey! Repasemos la guerra de los cristeros en México y también la guerra civil española: ¡cuántos morían martirizados gritando con orgullo y decisión: “¡Viva Cristo Rey!”. San José Luis (así le llamaban sus compañeros cristeros), con apenas 13 años de edad, se había enrolado en las filas del glorioso ejército de los cristeros, que defendían su fe y proclamaban que Cristo era Rey de su patria, por encima de la opresión que el gobierno de Plutarco Elías Calles ejercía sobre todos los católicos mexicanos. Eran los tiempos de la persecución religiosa y de los mártires de Cristo Rey. Lo condujeron a su pueblo natal, Sahuayo, donde los soldados del gobierno intentaron hacerle renegar de su causa cristera e incluso que se pasara a su bando para luchar contra los cristeros. José siempre rechazó indignado todas esas propuestas. Después de los vanos intentos, decidieron acabar con él. Primero lo torturaron cortándole las plantas de los pies, para después obligarlo a caminar con sus pies sangrantes por las calles empedradas del pueblo hasta el cementerio, donde finalmente lo remataron. Mientras lo conducían los soldados hacia el camposanto, el niño cristero no cesaba de aclamar a Cristo Rey ante el asombro y rabia de los soldados, y la admiración del pueblo que presencié su martirio. Al llegar al lugar, lo colocaron al lado de una zanja, mientras él seguía gritando vivas a Cristo Rey. Entonces se abalanzaron unos esbirros contra él y lo cosieron a puñaladas y a tiros. Cayó en el hoyo y lo taparon, retirándose después satisfechos de su hazaña. Durante esa Pasión, Cristo tuvo que también escuchar gritos de desprecio, de boca de aquellos que lo odiaban por no conocerle y siempre por instigación de Satanás que quería doblegar la misión de Cristo y detener “la hora” del reloj de la salvación. “¡Crucifícale!”.

Finalmente, la cruz. Y Cristo llegó a la cruz, con ayuda del Cireneo, de las santas mujeres, de la Verónica y sobre todo de su Madre Santísima, que le sostuvo siempre, especialmente en este trance durísimo. Y desde esa cruz nos dejó su Testamento. Y a esa cruz Él se dejó clavar voluntariamente para cumplir el plan de salvación que su Padre le había encomendado. Y esa cruz está ahí impertérrita, aunque el mundo dé mil vueltas, como reza el lema de los Cartujos: *Stat Crux dum volvitur orbis* (La Cruz estable mientras el mundo da vueltas, o, Cruz constante mientras el mundo cambia). Y es también esa cruz que cada uno de nosotros tiene que coger y llevar, porque somos discípulos de Cristo. Y en esa cruz tenemos que clavar nuestros pecados este Viernes Santo, como le dijo Cristo a san Jerónimo: “*Sólo te falta una cosa por entregarme, Jerónimo: dame tus pecados para Yo perdonarlos*”. El santo al oír esto se echó a llorar de emoción y exclamaba: “¡Loco tienes que estar de amor, cuando me pides esto!». Y con esa cruz, venceremos al enemigo, pues “*in hoc signo vinces*” (con esta señal, vencerás), como hizo el emperador Constantino, por inspiración divina, contra Majencio al grabar sobre sus banderas esas letras. Y esa cruz será el estandarte que llevaremos al cielo para ser reconocidos como seguidores de Cristo.

Para reflexionar: ¿Me he puesto en las manos de Cristo, como dócil y humilde “asno” para que Él pueda entrar en todos los lugares, o quiero yo recibir los aplausos por mis buenas acciones? ¿Mi vida qué grita: “Viva Cristo Rey”, o, por el contrario, “¡Crucifícale!”? ¿Voy dejando que la cruz de Cristo vaya incorporándose en mi vida, en mi voluntad, en mi afectividad, en mi mente?

Para rezar: *Ante ti, oh cruz, aprendo lo que el mundo me esconde: que la vida, sin sacrificio, no tiene valor y que la sabiduría, sin tu ciencia, es incompleta. Eres, oh cruz, un libro en el que siempre se encuentra una sólida respuesta. Eres*



REGRESAR al
Índice

fortaleza que invita a seguir adelante a sacar pecho ante situaciones inciertas y a ofrecer, el hombro y el rostro, por una humanidad mendiga y necesitada de amor. Ahí te vemos, oh Cristo, abierto en tu costado y derramando, hasta el último instante, sangre de tu sangre hasta la última gota para que nunca a este mundo que vivimos nos falte una transfusión de tu gracia un hálito de tu ternura de tu presencia una palabra que nos incite a levantar nuestra cabeza hacia lo alto. En ti, oh cruz, contemplamos la humildad en extremo la obediencia y el silencio confiado, la fortaleza y la paciencia del Siervo doliente, la comprensión de Aquel que es incomprendido, el perdón de Aquel que es ajusticiado. En ti, oh cruz, el misterio es iluminado aunque, en ti, Jesús siga siendo un misterio.



JUEVES SANTO

Ciclo C

Textos: Ex 12, 1-8.11-14; 1 Co 11, 23-26; Jn 13, 1-15

Idea principal: Gracias, Señor, por los tres dones que hoy nos das: *la Eucaristía, el Sacerdocio y el Mandamiento de la caridad.*

Síntesis del mensaje: Aunque la celebración principal de estos días, y por tanto de todo el año, es la Eucaristía de la Vigilia Pascual, la de hoy es también entrañable para el pueblo cristiano: recuerda *la institución de la Eucaristía*, sublime sacramento del Cuerpo y la Sangre de Cristo para nuestra salvación y alimento en el camino; *el mandamiento del amor fraterno* –con el gesto simbólico del lavatorio de los pies- para que tengamos el “tatuaje” de discípulos de Cristo impreso en los ojos, en la boca, en las manos y en el corazón; y finalmente, *la institución del ministerio sacerdotal*, donde hombres de carne y hueso son investidos y revestidos con la dignidad de Cristo sacerdote, pastor y cabeza, a quien visibilizan y representan, no por sus propios méritos, sino porque Dios los eligió.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, gracias, Señor, por el don de la Eucaristía. *En este sacramento Cristo se hace presente* bajo las especies del pan y vino, que en el momento de las palabras de la consagración se convierten en el Cuerpo y Sangre, Alma y Divinidad de Cristo glorioso y resucitado –¡misterio de fe!-. *En este sacramento se actualiza el sacrificio de Cristo*

en la cruz, y quedamos una vez vivificados, purificados, realizándose en nuestra alma una auténtica “diálisis espiritual” donde las escorias del pecado son disueltas, expiadas y destruidas al contacto con la sangre de Cristo. Este sacramento se convierte en Banquete sacrificial, donde comulgamos a Cristo, entramos en común unión con Él y nos hace partícipes de su vida divina y resucitada. En cada Eucaristía, nos incorporamos primero a Cristo, aumentando la gracia y el perdón de los pecados veniales; segundo, nos unimos a la Iglesia, pues la Eucaristía simboliza la unidad de la Iglesia, como nos dice san Agustín; y tercero, recibimos en prenda la gloria futura, es decir, la Eucaristía es banquete del Reino celestial, instaurado por Cristo y que se consumará de forma definitiva en el cielo. Dicho en otras palabras, la comunión es el germen y remedio de inmortalidad y de nuestra resurrección y anticipación de la vida eterna, como diría san Ignacio de Antioquía.

En segundo lugar, gracias, Señor, por el don del Sacerdocio. ¿Quién es el sacerdote? *Primero, es un hombre elegido;* por ser hombre, estará sujeto a flaquezas y miserias del humano linaje, para que conociéndolas, incluso por experiencia, sea capaz de condolerse con los hombres y orientarlos hacia Dios con mayor eficacia. Si el sacerdote en vez de ser hombre fuera un ángel, un espíritu puro, independiente



de la materia, difícilmente sería capaz de calibrar las limitaciones de los hombres, y por lo mismo, difícilmente podría condolerse y comprender a los demás. *Segundo, es un consagrado*, ungido para el cargo que va a ocupar. Consagrado, es decir, apartado de las cosas profanas, para que en adelante pueda dedicarse al servicio exclusivo de Dios y de sus hermanos, los hombres. Unido, por una parte, al Dios que lo ha “tomado” o elegido, deberá asimismo estar en comunión con los hombres a favor de los cuales ha sido ungido. Por eso, todo sacerdote tiene algo de “pontífice”, palabra que en su sentido original significa “hacedor de puentes”. En su persona deberán unirse dos riberas, distantes entre sí, la ribera de Dios y la ribera de los hombres. El sacerdote es así un mediador. Y *tercero, para ofrecer un sacrificio*, que es el acto por excelencia de la virtud de religión. Así lo dice el texto de la carta a los Hebreos. El sacrificio es un acto externo y social por el cual el sacerdote ofrece a Dios, en nombre de la inmensa familia humana, una víctima inmolada, para simbolizar así su reconocimiento del supremo dominio de Dios, su deseo de reparar las ofensas cometidas contra su majestad, de darle gracias por sus beneficios y solicitarle las gracias que los hombres necesitan.

Finalmente, gracias, Señor, por el don del Mandamiento de la caridad. La caridad será la señal por la que reconocerán al cristiano. Nuestro trato con el Señor se manifiesta inmediatamente en el trato con los demás. Por eso la caridad se alimenta principalmente en el trato personal con Jesucristo. No serviremos ni lavaremos los pies de nuestros hermanos si primero no nos hemos encontrado íntimamente con Cristo siervo humilde que tomó la palangana y la toalla y se arrodilló para lavar los pies de sus apóstoles. La caridad pide además exigencias prácticas, además de sentir compasión interior, como podemos ver en la parábola del buen

samaritano (Lc 10, 33-35): vendar las heridas, derramar en ellas aceite y vino, poner a disposición la propia cabalgadura y montar al hermano necesitado, conducirlo al mesón, pagar al mesonero. ¡Cuántos gestos de caridad! La caridad se demuestra en obras. Dios nos pone al prójimo con sus necesidades en el camino y en las periferias de la vida, y la caridad hace lo que el momento y la hora exigen. No siempre son actos heroicos o difíciles; muchas veces son cosas sencillas de la vida ordinaria y con los más cercanos o enfermos, preocupámonos por su salud, por su descanso, por su alegría. No olvidemos las obras de misericordia, modo práctico de vivir la caridad.

Para reflexionar: ¿Cómo estoy viviendo el sacramento de la Eucaristía o santa misa? ¿Soy amigo de Cristo Eucaristía y le hago alguna visita al día con calma y con cariño? ¿Cómo trato a los sacerdotes: con veneración, respeto? ¿Colaboro con ellos en la parroquia y en los diversos grupos y movimientos? ¿Soy buen samaritano con mis hermanos más necesitados? ¿Tengo las manos dispuestas siempre para lavar los pies de mis hermanos?

Para rezar: *Señor, adoro tu Eucaristía. Señor, venero y rezo por la fidelidad y fervor de los sacerdotes. Señor, ensancha mi corazón para que ame a mis hermanos como Tú los amas.*



VIERNES SANTO

Ciclo C

Textos: Is 52, 13-53, 12; Heb 4, 14-16; 5, 7-9;
Jn 18, 1- 19, 42

Idea principal: Dios no nos amó en broma. ¡Miremos la cruz!

Síntesis del mensaje: El Viernes Santo es el día del año donde la misericordia de Dios llegó hasta el extremo y la locura. Jesús hoy nos repite a nosotros lo que dijo un día a la beata Angela da Foligno cuando estaba meditando la pasión del Señor: “¡No te he amado de broma!”. Tiene razón Jesús cuando nos repite hoy, desde lo alto de su cruz, con las palabras de la liturgia: “Pueblo mío, ¿qué más podía hacer por ti que aún no haya hecho? ¡Respóndeme! “. ¡Miremos la cruz!

Puntos de la idea principal: las palabras que dirigió el Papa emérito Benedicto XVI después del *Vía Crucis* del Viernes Santo de 2006 me han parecido cargadas de lo que quisiera hoy desarrollar aquí.

En primer lugar, miremos la Cruz de Cristo. “En el espejo de la cruz hemos visto todos los sufrimientos de la humanidad de hoy. En la cruz de Cristo hoy hemos visto el sufrimiento de los niños abandonados, de los niños víctimas de abusos; las amenazas contra la familia; la división del mundo en la soberbia de los ricos que no ven a Lázaro a su puerta y la miseria de tantos que sufren hambre y sed. Pero también hemos visto “estaciones” de consuelo. Hemos visto a la Madre, cuya bondad permanece fiel

hasta la muerte y más allá de la muerte. Hemos visto a la mujer valiente que se acerca al Señor y no tiene miedo de manifestar solidaridad con este Varón de dolores. Hemos visto a Simón, el Cirineo, un africano, que lleva la cruz juntamente con Jesús. Y mediante estas “estaciones” de consuelo hemos visto, por último, que, del mismo modo que no acaban los sufrimientos, tampoco acaban los consuelos”. Dios no nos ha amado en broma.

En segundo lugar, sigamos mirando la Cruz de Cristo. “Hemos visto cómo san Pablo encontró en el “camino de la cruz” el celo de su fe y encendió la luz del amor. Hemos visto cómo san Agustín halló su camino. Lo mismo san Francisco de Asís, san Vicente de Paúl, san Maximiliano Kolbe, la madre Teresa de Calcuta... Del mismo modo también nosotros estamos invitados a encontrar nuestro lugar, a encontrar, como estos grandes y valientes santos, el camino con Jesús y por Jesús: el camino de la bondad, de la verdad; la valentía del amor. Hemos comprendido que el *vía crucis* no es simplemente una colección de las cosas oscuras y tristes del mundo. Tampoco es un moralismo que, al final, resulta insuficiente. No es un grito de protesta que no cambia nada. El *vía crucis* es el camino de la misericordia, y de la misericordia que pone el límite al mal: eso lo hemos aprendido del Papa Juan Pablo II. Es el camino de la misericordia y, así, el camino de



la salvación. De este modo estamos invitados a tomar el camino de la misericordia y a poner, juntamente con Jesús, el límite al mal". Dios no nos ha amado en broma.

Finalmente, alguien podría decir: Sí, es verdad que Cristo nos amó locamente entonces, cuando vivió en la tierra; **¿pero ahora?** Ahora que ya no está entre nosotros, ¿qué queda de aquel amor, a no ser un pálido reflejo, tal vez inmortalizado en una cruz que cuelga de la pared? Los discípulos de Emaús decían: "*Hace ya tres días que sucedió esto*", y nosotros nos sentimos tentados de decir: "*¡Hace ya dos mil años...!*". Pero se equivocaban, porque Jesús había resucitado y estaba caminando con ellos. Y también nosotros nos equivocamos cuando pensamos como ellos, pues su amor sigue aún en medio de nosotros, "*porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado*" (Rm 5,5). Y ese amor misericordioso sigue derramándose desde su Cruz en cada confesión donde recibimos el perdón de manos del ministro de Dios. Y ese amor misericordioso sigue alimentando nuestra alma en cada comunión que recibimos con fervor y el alma limpia en cada Eucaristía. Y ese amor misericordioso sigue siendo palpable en cada gesto de nuestros padres, de nuestros maestros, de nuestros amigos, de tantos médicos que se desviven por sus pacientes, de esas monjas que cuidan a enfermos y ancianos, de nuestros sacerdotes que se entregan con dedicación, sacrificio y generosidad, sin pedir compensaciones. No, Dios no nos ha amado en broma. Su amor fue, es y será muy serio. Y amor con amor se paga. Al menos eso hacen las almas nobles.

Para reflexionar: ¿Me dejo curar y abrazar por la Cruz de Cristo? ¿Experimento todos los días en la oración y en la participación de los sacramentos ese amor de Cristo que me ha

amado y me sigue amando en serio? ¿Soy portador de ese amor misericordioso de Cristo a mis hermanos y hermanas que viven a mi lado y que están llevando una cruz tal vez más pesada que la mía? ¿Alargo también yo mis brazos para echarles una mano, como buen cireneo, o extenderles mi manto para enjugar sus lágrimas y su sangre, como hizo la Verónica con Cristo?

Para rezar: Pidamos al Señor que nos ayude a ser "contagiados" por su misericordia. Pidamos a la santa Madre de Jesús, la Madre de la misericordia, que también nosotros seamos hombres y mujeres de la misericordia, para contribuir así a la salvación del mundo, a la salvación de las criaturas, para ser hombres y mujeres de Dios. Amén.



VIGILIA PASCUAL

Ciclo C

Textos: Gn 1, 1- 2, 2; Gn 22, 1-18; Ex 14, 15 - 15, 1; Is 54, 5-14; Is 55, 1-11; Ba 3, 9-15. 32 – 4, 4; Ez 36, 16-28; Rm 6, 3-11; Mc 16, 1-7

Idea principal: Repasemos las partes de esta Solemne Vigilia Pascual, desentrañando el significado profundo sacramental y espiritual.

Síntesis del mensaje: Después de un día transcurrido en la oración y el silencio, el Sábado, en torno al sepulcro del Señor, la comunidad cristiana se reúne esta noche para la celebración principal de todo el año: el paso de la muerte y del sepulcro a la vida nueva. Esta Vigilia es el punto de partida para la Cincuentena Pascual, siete semanas de prolongación festiva que nos llevarán a la solemnidad conclusiva, Pentecostés.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, comienza todo fuera de la iglesia, con el *fuego nuevo*, bendecido por el sacerdote. Iniciamos una procesión siguiendo al Cirio Pascual, símbolo de Cristo Luz del mundo, y progresivamente con cirios encendidos en manos de los fieles. Es la figura del amor de Cristo que desea arder como una antorcha encendida en cada alma. Es como una llamada divina que desea abrazar a todas las almas para encenderlas en el deseo de las cosas eternas; pero es también un fuego que debe quemar nuestras miserias, un fuego abrasador que nos purifique de nuestro amor propio, que nos

vacíe de nosotros mismos para llenarnos de Dios. Después escuchamos el pregón inicial – “*Exsultet*”- de la fiesta pascual. Himno bellísimo que se remonta a los primeros siglos del Cristianismo; cántico impregnado de júbilo por la resurrección de Cristo, sobre el telón de fondo del pecado del hombre y la misericordia de Dios. Júbilo del cielo, de la tierra y de la Iglesia. Es el rito de entrada, hoy más solemne. Podríamos llamar *fiesta de la luz* o “lucernario”.

En segundo lugar, la proclamación de la *Palabra* tiene hoy más lecturas, sobre todo del Antiguo Testamento, que nos van conduciendo desde la creación hasta la nueva creación o resurrección de Jesús. En esta Vigilia, madre de todas las Vigilias, se proponen nueve lecturas: siete del Antiguo Testamento y dos del Nuevo (epístola y evangelio). Aquí se cumple lo que Jesús dijo a los de Emaús: “*todo lo escrito en la ley de Moisés y en los profetas y salmos acerca de mí, tenía que cumplirse*”. Estas lecturas resumen las maravillas de Dios a favor de los hombres, culminando con la del evangelio de la resurrección que nos relata san Lucas. Palabras sagradas a las que debemos recurrir con frecuencia para alimentar el alma, para saciar la sed de eternidad. Palabras que brotan del Señor como de su fuente para esclarecer nuestra inteligencia y encender en nosotros



el entusiasmo por las cosas celestiales. Es la *fiesta de la Palabra*.

En tercer lugar, la parte sacramental de esta noche es más rica: ante todo celebramos el *Bautismo*, junto con la renovación de las promesas bautismales por parte de los ya bautizados. Por el bautismo hemos sido injertados en Cristo. Fue nuestra resurrección espiritual, pues gracias a él pasamos de la muerte a la vida. En esta parte invocamos a Dios para que con su poder santifique el agua con que serán bautizados los catecúmenos. Recurrimos para ello a la Iglesia triunfante, a la Iglesia del cielo, a través de la letanías, rogando a los ángeles y a los santos que intercedan ante el trono de Dios por nosotros y por que serán bautizados, Al bendecir el agua, el sacerdote introduce en ella el cirio pascual, imagen de Cristo, a cuyo contacto adquiere su virtud santificadora. Es la *fiesta del agua*.

En cuarto lugar, pasamos ahora a la *Eucaristía*, la principal de todo el año, en la que participamos del Cuerpo y la Sangre del Resucitado. Es Cristo como alimento para el camino y para la lucha por la santidad. Es la *fiesta del Pan y del Vino*, convertidos en comida celestial para nuestra salvación. La eucaristía es un banquete. ¡Vengan y coman! ¡No se queden con hambre! Es un banquete en el que Dios Padre nos sirve el Cuerpo y la Sangre, el alma y la divinidad de su propio Hijo, hecho Pan celestial. Pan sencillo, pan tierno, pan sin levadura... Pero ya no es pan, sino el Cuerpo de Cristo. ¡Vengan y coman! Sólo se necesita el traje de gala de la gracia y amistad con Dios, si no, no podemos acercarnos a la comunión, pues “*quien come el Cuerpo de Cristo indignamente, come su propia condenación*”, nos dice San Pablo (1 Cor 11, 27). Este pan de la Eucaristía nos libra de esta muerte y nos da la vida inmortal. Todo alimento nutre según sus propiedades. El alimento de la tierra alimenta para el tiempo. El alimento

celestial, Cristo eucaristía, alimenta para la vida eterna.

Finalmente, especial esta noche es también la conclusión de la Eucaristía, con los “aleluyas” de la despedida, el saludo cantado a la Virgen y la prolongación, si es posible, de un pequeño ágape de los participantes en el salón principal de la parroquia. Es la *fiesta de la vida pascual*, hecha convivio y caridad fraterna.

Para reflexionar: Del Pregón Pascual de la Vigilia Pascual, meditemos:

*Esta es la noche en que,
rotas las cadenas de la muerte,
Cristo asciende victorioso del abismo.
¿De qué nos serviría haber nacido
si no hubiéramos sido rescatados?
¡Qué asombroso beneficio de tu amor por
nosotros!
¡Qué incomparable ternura y caridad!
Para rescatar al esclavo, entregaste al Hijo!
Necesario fue el pecado de Adán,
que ha sido borrado por la muerte de Cristo.
¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!*

Para rezar: *¡Te alabamos, Señor, por tu resurrección maravillosa! ¡Gracias por morir como el grano de trigo para engendrarnos como los muchos granos llenos con tu vida divina! ¡Gracias por morir como el Unigénito de Dios y resucitar como el Primogénito, con nosotros como los muchos hermanos! ¡Ahora somos hijos de Dios y hermanos de Cristo! ¡Gracias por hacernos la simiente corporativa, tu continuación y tu reproducción! ¡Señor, sólo queremos colaborar contigo lo mejor posible hoy, permitiéndote vivir en nosotros para nosotros poder vivirte! ¡Somos tu expresión y tu continuación, somos tus “largos días”!*



DOMINGO DE PASCUA

Ciclo C

Textos: Hechos 10, 34a. 37-43; Col 3, 1-4; Jn 20, 1-9

“Los cincuenta días que median entre el domingo de Resurrección hasta el domingo de Pentecostés se han de celebrar con alegría y júbilo, como si se trata de un solo y único día festivo, como un gran domingo” (Normas Universales sobre el Calendario, de 1969, n. 22).

En Pascua no leemos el Antiguo Testamento que es promesa y figura. En Pascua estamos celebrando la plenitud de Cristo y de su Espíritu. Como primera lectura, leemos los Hechos de los Apóstoles. La segunda lectura, este año o ciclo C, se toma del libro del Apocalipsis, en que de un modo muy dinámico se describen las persecuciones sufridas por las primeras generaciones y la fuerza que les dio su fe en el triunfo de Cristo, representado por el “Cordero”. Los evangelio de estos domingos pascuales no van a ser tanto de Lucas, el evangelista del ciclo C, sino de Juan.

Podemos resumir en tres aspectos a qué nos compromete la pascua: *primero*, a la fe en Cristo resucitado; *segundo*, esa fe tiene que vivirse en comunidad que se reúne cada domingo para celebrar esa pascua mediante la Eucaristía y crea lazos profundos de caridad y ayuda a los necesitados; y *tercero*, esa fe nos impulsa a la misión evangelizadora. Por todas partes tiene

que resonar esta buena noticia: *“Cristo ha resucitado”*.

Idea principal: Inspirados en las famosas preguntas del famoso filósofo alemán del siglo XVIII, Kant, en su obra *Crítica de la Razón Pura*, responderemos a estas tres preguntas: *qué puedo saber de la resurrección de Cristo, qué debo hacer por la resurrección de Cristo y qué puedo yo esperar de la resurrección de Cristo*.

Síntesis del mensaje: Hoy es el domingo más importante del año. Domingo que da sentido a todos los demás domingos del año. Daremos respuestas a esas preguntas.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, *¿qué podemos saber de la resurrección de Cristo?* Hagamos caso a los testigos que vieron a Cristo resucitado. Ellos habrán tenido sus vivencias religiosas, sus dudas, sus convencimientos y discrepancias. Pero todos coinciden en esto: tres días después de ir al entierro de Jesús, como 35 horas después de cerrar su tumba, la encontraron abierta, vacía, con los centinelas a la puerta y atolondrados. ¿El cadáver...? ¿Sabotaje? ¿Secuestro? ¿Truco? Resulta que las tres mujeres madrugadoras, al llegar al sepulcro



y encontrarse con la tumba vacía y dentro la noticia: “*ha resucitado*”, salieron corriendo a llevar la noticia a los discípulos. Leyendas, pero de un hecho. Luego resultó que Jesús se les hizo el encontradizo de jardinero, caminante, comensal, animador. Ausencias misteriosas y presencias repentinas que los traían en jaque. Vivencias místicas, pero de un acontecimiento. Sabemos que los Evangelios, que lo cuentan, son libros históricos porque pertenecen a la época y autores como hoy se dice. Autores que vivieron con Jesús, le vieron, le trataron, convivieron...Y hasta se jugaron la cabeza por la resurrección. Y la perdieron. Nadie muere por un mito, un bulo, un truco. Eso es así. La resurrección es verdad.

En segundo lugar, ¿qué debemos hacer por la resurrección de Cristo? Si realmente creemos en la resurrección de Cristo y en su fuerza transformadora, entonces tenemos que hacer algo aquí en la tierra para llevar esta buena noticia por todos los rincones del mundo, a todas las familias y amigos, y también enemigos. ¿Qué puedo hacer por esas favelas de São Paulo o de Rio en Brasil, o por las calles del Bronx negro en Nueva York? ¿No me llaman la atención las chabolas de cañas y barro de Calcuta, hambruna en tantas regiones, guerras locas, injusticia, pobreza, pecado? ¿Me dejan dormir tranquilo el analfabetismo, la enfermedad, la explotación, la amargura, la desesperanza, la sangre de Abel y de la tierra que ponen el grito en el cielo? Y la situación sanitaria, escolar, laboral, humana del mundo es un pecado social, solidario y atroz. Y familias rotas. Y jóvenes en los paraísos perdidos de la droga. Políticos sin escrúpulos que pisotean la ley de Dios, la ley natural y la justicia conmutativa, social y distributiva. Esto es lo que debemos hacer en bien de los hombres y mujeres del mundo, por quienes el Hijo de

Dios tal día como el Viernes Santo murió para su liberación y tal día como hoy resucitó para su gloria inmortal.

Finalmente, ¿qué podemos nosotros esperar de la resurrección de Cristo? Si somos esos Tomás incrédulos, podemos esperar que Cristo resucitado en esta Pascua nos resucite la fe en Él y en su Iglesia, y nos deje meter nuestros dedos en su llagas abiertas y benditas. Si somos esos discípulos de Emaús desencantados y desilusionados, podemos esperar que se cruce por nuestro camino y nos renueve la esperanza en Él, aunque nos tenga que llamar de necios y desmemoriados por no creer o no leer con detención las Sagradas Escrituras. Si somos esa Magdalena triste y compungida, porque se nos ha derrumbado nuestro amor, nuestra familia, podemos esperar que Cristo resucitado nos vuelva a mirar y a llamar por nuestro nombre como hizo con ella en esa primera Pascua, y así recobrar la alegría de la presencia de Cristo en nuestra vida que se hace presente en los sacramentos, sobre todo de la Eucaristía y Penitencia. Si nos parecemos a esos discípulos encerrados en el cenáculo de sus miedos, contagiándose la tristeza y los remordimientos por haber fallado al Maestro, dejemos alguna rendija de nuestro ser abierta para que entre Cristo resucitado y nos traiga la paz, su paz. Si nos sentimos como Pedro que negó a Cristo, esperamos que Cristo resucitado se nos haga presente y podamos renovar nuestro amor: “*Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que yo te amo*”.

Para reflexionar: ¿Creo en Cristo resucitado? ¿Dónde encuentro a Cristo resucitado en mi vida de cada día? ¿Tengo rostro de resucitado o vivo en perpetuo Viernes Santo: triste, pesaroso y lleno de pesadumbre?



REGRESAR al
Índice

Para rezar: recemos con san Agustín: *“Tarde te amé, Dios mío, hermosura siempre antigua y siempre nueva, tarde te amé. Tú estabas dentro de mí y yo afuera y así por fuera te buscaba y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que Tú creaste. Tú estabas conmigo pero yo no estaba contigo. Me llamaste y clamaste y quebrantaste mi sordera; brillaste y resplandeciste y curaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y lo aspiré y ahora te anhele; gusté de Ti y ahora siento hambre y sed de Ti”* (Confesiones, libro 10, cap. 27).



SEGUNDO DOMINGO DE PASCUA

Ciclo C

Textos: Gn 15, 5-12. 17-18; Flp 3, 17 4,1: Lc 9, 28b-36

Idea principal: Subamos a la colina del *Tabor*.

Síntesis del mensaje: Después de haber leído y meditado el domingo pasado la lucha contra las tentaciones y el mal, hoy con el pasaje de la transfiguración se nos asegura que la vida cristiana termina con la victoria y la glorificación, si luchamos con y al lado de Cristo. Reflexionemos en la colina del *Tabor*. Sabemos que Occidente reposa sobre tres colinas: la Acrópolis, el Capitolio y el Gólgota. La Acrópolis está en Atenas y Atenas nos dio al mundo el hombre libre y pensador. El Capitolio está en Roma y Roma nos dio el hombre del derecho y del imperio. El Gólgota está en Jerusalén, que dio la síntesis de los hombres ateniense y romano: el hombre libre, no “de” sino “para”, el mandamiento, la Iglesia ecuménica y los destinos eternos. Por tanto, Occidente descansa, culturalmente, sobre estas colinas: libertad, derecho y religión.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, hay una cuarta colina, que levanta del suelo apenas 588 metros, pero gloriosa por la gloria del Hijo de Dios que destelló en su cumbre, que trastorna el sentido y transfigura la visión de Atenas, Roma y Jerusalén. Y esa colina es el *Tabor*. Y un día Jesús dejó al pie a los apóstoles y, con Pedro, Juan y Santiago, subió a la cumbre del monte, en el momento en que bajaba una nube blanca,

redonda y luminosa, que la cubrió. En la nube venía Dios y, con Él, los hombres de gran exponente en la historia de Israel, Moisés, legislador de Dios y libertador de su pueblo Israel. Y Elías, vidente de Israel y defensor de la religión de Yahvé. Venían a celebrar con Jesús, y nunca mejor dicho, una reunión en la cumbre. En esa cumbre Jesús autorizó por única vez, y que no sirvió de precedente, que la divinidad se le saliera por los poros del cuerpo y le convirtiera, por la luz interior de su gloria, en hombre de alabastro luminoso en la altura de la colina y de la noche. Habló entonces su Padre e hizo la revelación más trascendental de la historia: *“Este es mi Hijo, el predilecto, escuchadle”*.

En segundo lugar, ¿por qué no subimos también nosotros a esa colina del *Tabor*? Me atrevo a gritar desde aquí: *“Hombres y mujeres libres de Jesucristo, los que vivís instalados en la montaña mágica del bienestar material, los satisfechos con vuestra transfiguración económica, rechazad, por favor, la salida de tono burgués de san Pedro y hoy común a tantos: “¡Qué bien se está aquí...!”*. Pedro no sabía lo que decía, el pobre. *Mirad hacia abajo, donde malviven los desgraciados del valle y los proletariados de la vida – que tanto nos recuerda y hasta la saciedad el Papa Francisco: los que carecen de las primarias y urgentes libertades de un trabajo, un salario, un seguro,*



una pensión, un prestigio, un saber, un futuro personal y familiar. Estas son las urgencias de un hijo de la libertad, de un hijo de hombre, de un hijo de Dios. A estos, ¡escuchadlos!”.

Finalmente, y sigo gritando desde la cumbre plana del Tabor, cuya gloria cambia del todo la visión del Capitolio de Roma y el sentido del hombre del derecho imperial: *“Hombres y mujeres con los derechos humanos de Jesucristo, los que vivís instalados en la montaña fastuosa del poder (político, religioso, económico, social, cultural), satisfechos de vuestra propia transfiguración social, rechazad, por favor, la ocurrencia clasista de san Pedro: “Hagamos aquí tres chalets residenciales...”. ¿Para quién? Y para los otros, ¿qué? Pedro no sabía lo que decía. Mirad hacia abajo, donde pululan en hormiguero los parias de la tierra. Los explotados por el dictador político, cultural, sindical, fiscal. O por el negrero de las tierras, Hacienda estatal, sindicato político, empresario o trabajador. Más los marginados sociales sin el título de un prestigio en la pared, sin un libro en la cabeza ni en el corazón la esperanza de un día levantar la cabeza. A éstos, hay que escuchar”. Y si me permiten, sigo hoy también gritando así: “Hombres y mujeres de Jesucristo, los que vivís instalados en la montaña mística de esa religiosidad, los satisfechos de vuestra transfiguración espiritual, rechazad, por favor, el despropósito pietista de san Pedro: “¡Qué bien...! Hagamos tres chalets residenciales”. A disfrutar de la gloria, ¿no? Y de los otros, los que se alejaron de Dios, prescindieron de la redención, los de espaldas a la Iglesia, los matrimonios fracasados y en otras uniones, los jóvenes que no pisan la Iglesia...¿qué?”.*

Para reflexionar: ¿Prefiero ese quietismo cómodo y egoísta de san Pedro, cuando sé que sólo 1 de cada 4 ha oído hablar de Cristo, y de 10, sólo 2 se acercan a la Iglesia? ¿Soy de los que besuquean a Dios en el templo y fuera

esquinan, o sea, dejan a un lado al hombre pobre, necesitado, agnóstico, indiferente o de otra cultura? ¿No son estos los hijos predilectos de Dios, la carne de Cristo, como nos dice el Papa Francisco?

Para rezar: *Señor, dame fuerzas para subir la colina del Tabor. Dame ojos para ver tu gloria y hermosura, y desde allí ver las necesidades de mis hermanos. Dame corazón para sentir tu embeleso y conmoverme ante mi hermano pobre, que te representa. Dame oídos para escuchar la voz de tu Padre y la voz de mis hermanos excluidos. Dame pies para bajar de esa colina raudo e ir y buscar a esos hermanos y llevarles a esa colina del Tabor para que también ellos hagan la experiencia de Ti y de tu amor. Y transfiguren su dolor en gozo.*



TERCER DOMINGO DE PASCUA

Ciclo C

Textos: Hech 5, 27b-32.40b-41; Ap 5, 11-14; Jn 21, 1-19

Idea principal: *Testimoniar a Cristo resucitado* delante de todos con valentía y atrevimiento.

Síntesis del mensaje: La resurrección de Cristo es fuente de entusiasmo, fuerza y valentía para dar testimonio, si es preciso con la sangre, de ese maravilloso hecho: *“El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quienes ustedes dieron muerte colgándolo de la cruz...Nosotros somos testigos”* (1ª lectura). Hoy es la tercera aparición de Jesús resucitado a sus discípulos para confirmarles en la fe, en la confianza y en el amor. Y de esta manera puedan vivir en un “Amén” sostenido y sin bemoles.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, *testimoniar a Cristo requiere una experiencia profunda del amor de Cristo en nuestra vida* (evangelio). Preguntemos, si no, a Pedro hoy. Nadie da testimonio valiente de alguien a quien no ama, de quien no está convencido. O peor, de quien no existió. Y el amor presupone el conocimiento, pues nadie ama lo que no conoce. El amor puede pasar por momentos de descalabro, como le pasó a Pedro en la Pasión del Señor, que le negó tres veces, por debilidad y por confiar en sí mismo. Pero la resurrección de Cristo le sanó el corazón, le dio nuevo ardor y renovó por tres veces ese

amor que había decaído. En el caso de Pedro le confirmó en el Primado de la caridad: apacentar los corderos y ovejas de Cristo, que no de él. Sólo si Pedro –y después de él sus sucesores, los Papas- preside en la caridad, entonces sí podrá testimoniar a ese Cristo resucitado totalmente entregado a todos. ¿Ahora entendemos el inmenso y agotador esfuerzo del Papa Francisco por acercarse a todos, por ganarse a todos para la causa de Cristo: judíos, musulmanes, protestantes, anglicanos y demás jefes de otras religiones, sin ínfulas de soberbia para defender su primado con las uñas y con la pluma en ristre, como algunos ultraconservadores – *“más papistas que el Papa siempre los ha habido”*- quieren y hasta exigen? Será el amor el mejor y más convincente testimonio que demos de Cristo resucitado: amor que es bondad, mansedumbre, paciencia, misericordia, comprensión. Amor que es mirar al otro e interesarme por él. Amor que no se impone, que no es grosero ni escupe a la cara ni da puntapiés. Pidamos a Cristo resucitado nos llene de su ternura para que nuestro testimonio de Él sea digno de crédito y muchos se acerquen a Cristo vivo que ven reflejado en cada uno de nosotros.

En segundo lugar, *testimoniar a Cristo no siempre será fácil* (1ª lectura y evangelio). Encontraremos resistencias, nos prohibirán hablar de Cristo, se burlarán de nosotros, nos



amenazarán. ¿No está pasando ya esto en tierras donde cristianos son matados, por extremistas del Estado Islámico, por el simple hecho de creer en Cristo: Siria, Irak, Bangladesh...? ¡Un auténtico infierno están sufriendo por el nombre de Cristo! Experimentaremos también que nuestra pesca es inútil, estéril, y sacamos las redes sin nada (evangelio): papás de familia que sacan las redes de sus hijos vacías, sin fe, sin amor...cuando no rotas por los estragos de la droga, del consumismo y del relativismo. Esposas comprometidas con su fe que tiran una y otra vez la red de la fidelidad a derecha e izquierda para conquistar al esposo, y nada. Misioneros y misioneras que ven que la semilla se malogra en tantos corazones, y se sienten desanimados y sin fuerzas. Redes vacías de virtud, en Movimientos eclesiales y tantos grupos parroquiales, o, peor, llenas de ambiciones, de intrigas, de desavenencias, de críticas. Congregaciones religiosas que experimentan la esterilidad de vocaciones por falta de identidad o la aversión de tantos jóvenes para dar un “sí” generoso y firme, cuando les proponen las exigencias de Cristo resucitado. Es en estos momentos cuando Cristo nos dice: *“Echen las redes a la derecha de la barca y encontrarán peces”*. Es el momento para renovar nuestra fe y confianza en la palabra del Señor. ¡Él vive y nos dice: *“Traed algunos pescados de los que acabáis de pescar...pues las brasas están preparadas”*!

Finalmente, testimoniar a Cristo significa renovar nuestro continuo “Amén” (2ª lectura) a Dios, al crecimiento en las virtudes cristianas y a los valores humanos. “Amén” significa asentimiento, conformidad y obediencia a lo que otra persona hace o dice. Significa la fuerza, la firmeza, la solidez, la estabilidad, la duración, la credibilidad, la fidelidad, la seguridad total. Esta palabra procede del hebreo *אמן* (‘en verdad’, ‘ciertamente’) pronunciado *āmēn*. La raíz de esta

palabra indica firmeza y seguridad, y en hebreo coincide con la raíz de la palabra ‘fe’. Decir “Amén” implica un gran compromiso, es hacer una profesión de fe, es decirle a Dios que sí, que estamos de acuerdo con todo lo que Él nos dice, es repetirle una y otra vez que le vamos a ser fieles, es asegurar nuestra esperanza. *Amén*, cuando el dolor o la enfermedad toque la puerta de nuestra casa, por permisión de Dios. *Amén*, cuando un revés o contratiempo nos frustró los planos que teníamos. *Amén*, en la salud y enfermedad. *Amén*, en la riqueza y en la pobreza. *Amén*, en el éxito y en fracaso. *Amén*, en primavera, verano, otoño e invierno. *Amén*, en la niñez, en la adolescencia, en la juventud, en la edad madura y en la vejez. *Amén*, cuando Dios nos llena de consuelos y regalos, y también cuando experimentamos la noche oscura del alma. *Amén*, al terminar nuestras oraciones y nuestro trabajo. *Amén*, cuando Dios nos bendice con el cuarto o el quinto hijo, o cuando no nos bendice, y nos pide que adoptemos a un hijo de corazón. *Amén*, cuando un pobre nos visita y nos tiende la mano para que le demos, no de lo que nos sobra, sino incluso, de lo que necesitamos. *Amén*, cuando iniciamos el día y cuando lo terminamos. *Amén*, cuando la muerte se acerque de puntillas a nuestra habitación para llevarnos a la presencia de Dios.

Para reflexionar: ¿Cómo está mi testimonio de Cristo resucitado: es valiente y decidido, u opaco y débil? ¿Cómo reacciono delante de las dificultades que la vida me presenta o que Dios permite? ¿Vivo en un continuo “Amén” sostenido, o con muchos bemoles de incertidumbres, dudas, desalientos?

Para rezar: *Señor, concédenos la fe. La fe que arranca la máscara del mundo y hace ver a Dios en todas las cosas, la fe que lo hace ver todo bajo otra luz: que nos muestra la grandeza de Dios y*



REGRESAR al
Índice

nos hace descubrir nuestra pequeñez; Señor, concédenos esta fe, que nos hace emprender todo lo que Dios quiere sin dudar, sin vergüenza ni temor, sin retroceder nunca. La fe por la que no tememos ni los peligros, ni el dolor, ni la muerte; que sabe caminar por la vida con calma, paz y una profunda alegría, y que establece en nuestro espíritu un desprendimiento absoluto hacia todo, fuera de Vos. Amén



CUARTO DOMINGO DE PASCUA

Ciclo C

Textos: Hech 13, 14.43-52; Ap 7, 9.14b-17; Jn 10, 27-30

Idea principal: Veamos el corazón misericordioso de *Cristo, el Buen Pastor*. Y cómo debemos ser las ovejas.

Síntesis del mensaje: De las varias imágenes que intentan describir quién es Jesús para nosotros (Cordero, Señor, Rey, Piedra angular, Luz, Verdad, Puerta....), en este domingo IV de Pascua se nos presenta *Jesús como el Buen Pastor*, siguiendo el capítulo 10 del evangelio de Juan. *Pastor* que conoce, ama, alimenta, defiende y da la vida por las ovejas. Y las ovejas, por su parte, escuchan su voz y le siguen, es decir, le obedecen.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, Cristo es *Pastor para todos* (1ª lectura). Para todo tipo de ovejas: sanas y enfermas, calmadas y rebeldes, nutridas y desnutridas, fuertes y débiles, perniquebradas e íntegras, perdidas o fieles, merinas y de buena lana o montesinas y de buena carne. Ovejas que Él conoce muy bien, las ama con ternura y misericordia, le siguen con alegría, las alimenta diariamente con la vida eterna y las sacia en las fuentes de aguas vivas de los sacramentos y las defiende con el cayado de la Iglesia para que el lobo no las arrebatase de su aprisco. Pastor que va delante, guiándonos el camino. Jesús nos conoce y nos ama, se adapta a cada uno, ayudándonos de acuerdo a nuestras necesidades

y debilidades. En un rebaño, algunas ovejas son lentas y perezosas, otras son muy ansiosas y rápidas; algunas están enfermas, otras cojas, algunas tienen tendencia a perderse, otras a desviarse. Jesús es cuidadoso en guiar a cada persona, con infinita compasión y misericordia, a los pastos de la vida verdadera y perdurable. Pastor que sabe que esas ovejas se las puso su Padre en las manos (evangelio).

En segundo lugar, ¿cuáles son las condiciones para pertenecer al rebaño de Cristo Pastor de todos y para todos? *“Mis ovejas escuchan mi voz...y ellas me siguen”*. Escuchar y seguir al Pastor. Sólo quien está atento a la voz del Señor es capaz de evaluar en su propia conciencia las decisiones correctas para obrar según Dios. De la escucha deriva, luego, el *seguir* a Jesús: se actúa como discípulos después de haber escuchado y acogido interiormente las enseñanzas del Maestro, para vivirlas cada día. *Escucharle* con la inteligencia y seguirle con la voluntad. Escuchar su enseñanza, contenida en los santos evangelios y explicada por la Iglesia. Conocerlo con nuestra inteligencia y así poder amarlo, tendiendo a Él con todo el impulso de nuestra voluntad. Quien se resiste a escuchar la voz de este Pastor camina decididamente hacia su propia perdición. Toda la Escritura es una reiterada invitación a *escuchar*. En la primera lectura Pablo y



Bernabé hablan a la ciudad de Antioquía y fueron muchos los que les escuchaban, tantos que provocaron la envidia y palabras injuriosas a quienes estaban con los oídos cerrados a la Buena Nueva de la resurrección. Para escuchar a este Pastor se necesita humildad y silencio interior. Y para *seguir* la voz de ese Pastor se necesita docilidad, para dejarse moldear por su doctrina, volviéndose cera blanda en sus manos. Aquí entra la labor del Espíritu Santo que va modelando en nosotros, si le dejamos, la imagen de Cristo, exhortándonos a salir de aquel vicio o pecado, de la mediocridad, de la tibieza, y a desprendernos del hombre terreno y aspirar a las cosas celestiales. Es preciso seguir al Pastor, es preciso seguir al Cordero dondequiera que vaya, haciendo nuestras sus palabras, teniendo su misma mente y corazón.

Finalmente, *Pastor, que antes fue Cordero* (2ª lectura) *que se inmoló en la Cruz para con su muerte darnos la vida eterna y abrimos las puertas del cielo.* Ese Pastor también fue primero Cordero que se sacrificó para purificar y santificar a todas las ovejas. Desde la fuente de los sacramentos nos salpica con su sangre bendita que nos limpia. ¿Qué ganó para nosotros este Cordero? La segunda lectura de hoy nos responde: nos preparó el camino para las praderas eternas, el cielo. Una enorme muchedumbre, imposible de contar, “*formada por gente de todas las naciones, familias, pueblos y lenguas*”. Todos están de pie, ante el trono del Cordero, con túnicas blancas y palmas en las manos, alabándole de manera incesante. Allí, en el cielo, sus ovejas ya no padecerán hambre ni sed, ni serán agobiadas por el sol y el calor, la injusticia y la maldad de los lobos. Ahora viven felices al lado del Pastor-Cordero. Y allí nadie nos arrebatará de las manos de su Padre celestial.

Para reflexionar: ¿Estoy convencido que Cristo me quiere como soy, aun en mis momentos

malos y defectuosos? ¿Llamo a Jesús el *Buen Pastor* en la educación de mis hijos, o como profesor o médico, y en todo lo que haga? ¿Soy oveja dócil, receptiva o rebelde y arisca?

Para rezar: recemos el salmo 23

*El Señor es mi pastor;
nada me falta.*

*En verdes praderas me hace descansar,
a las aguas tranquilas me conduce,
me da nuevas fuerzas
y me lleva por caminos rectos,
haciendo honor a su nombre.*

*Aunque pase por el más oscuro de los
valles,
no temeré peligro alguno,
porque tú, Señor, estás conmigo;
tu vara y tu bastón me inspiran confianza.*

*Me has preparado un banquete
ante los ojos de mis enemigos;
has vertido perfume en mi cabeza,
y has llenado mi copa a rebosar.
Tu bondad y tu amor me acompañan
a lo largo de mis días,
y en tu casa, oh Señor, por siempre viviré.*



QUINTO DOMINGO DE PASCUA

Ciclo C

Textos: Hech 14, 21b-27; Ap 21, 1-5a;
Jn 13, 31-33a.34-35

Idea principal: La caridad es la contraseña y la *novedad* del cristiano.

Síntesis del mensaje: En las lecturas de hoy el adjetivo *nuevo* ha salido cinco veces. Cuatro veces en la segunda lectura, y una vez en el evangelio. Lo antiguo –antónimo de nuevo- ya terminó (2ª lectura). Es la llamada a vivir una vida nueva en la fe. Pero sobre todo, a vivir el mandamiento nuevo de la caridad. Aquí está la novedad y la contraseña del cristiano: “*amaos los unos a los otros como Yo os he amado*”.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, este regalo de la caridad es fruto de la Pascua y procede del corazón de Cristo entregado para nuestra salvación. Sólo Cristo pudo ofrecernos este presente, que trajo directamente del cielo y nos lo encomendó antes de partir de nuevo para el Padre, una vez terminada su misión aquí en la tierra. Para eso, Cristo en el bautismo tuvo que cambiar nuestro corazón de piedra y ponernos un corazón de carne, tuvo que purificar y limpiar nuestras venas y arterias, dilatar nuestro ventrículo y aurícula. En ese día nos puso una válvula divina para que podamos amar como Él nos ama: con un amor universal, misericordioso, delicado, bondadoso.

Y gracias a la Eucaristía, otro de los dones del Cristo Pascual, el Espíritu nos comunicará la fuerza del amor de Cristo. Preguntemos a los santos y a los mártires: a san Esteban, a santa Inés, a san Ignacio de Antioquía, a san Maximiliano María Kolbe, a santa María Goretti, al beato Miguel Pro, etc.

En segundo lugar, ¿dónde reside la *novedad* de este mandamiento? Antes de Cristo, claro que existía el amor. Así se lo recuerda Jesús al letrado que le preguntó por el primer mandamiento de la ley: “*Amarás al Señor tu Dios de todo corazón, con toda el alma, con toda tu mente. Este es el precepto más importante; pero el segundo es equivalente: amarás al prójimo como a ti mismo*” (Mt 22, 37-39). Ahora bien, si bien existía ese mandamiento, era pura teoría, un ideal abstracto. Era simplemente algo distinto. Ciertamente, hubo hombres que se amaron también antes de Cristo; pero, ¿por qué? Porque eran parientes, porque eran aliados, amigos, pertenecían al mismo clan o al mismo pueblo: o sea por algo que los ligaba entre sí, distinguiéndolos de todos los demás. Ahora hay que ir más allá: amar a quien nos persigue, amar a los enemigos, a los que no nos saludan ni nos aman. Es decir, amar al hermano por sí mismo y no por lo útil que pueda resultarnos. Es la palabra “prójimo” la que cambió el contenido: se dilató hasta comprender no sólo a quien está



cerca de nosotros, sino también a cada hombre al que podemos acercarnos. Nuevo es, por tanto, el mandamiento de Cristo porque nuevo es su contenido. Nuevo también, porque Jesús le ha añadido esto: “*Amaos, como Yo os he amado*”. No podía haber un modelo tan perfecto de amor en el Antiguo Testamento. Y, ¿cómo nos amó Jesús? Con un amor generosísimo, sin límites, un amor universal y misericordioso; amor que sabe transformar el mal en ocasión de amor más grande, como hizo Jesús en su Pasión y Muerte.

Finalmente, el Catecismo de la Iglesia Católica en el número 1856 señala la importancia vital de la caridad para la vida cristiana. En esta virtud se encuentran la esencia y el núcleo del cristianismo, es el centro de la predicación de Cristo y es el mandato más importante (cf. Jn 15, 12; 15,17; Jn 13,34). No se puede vivir la moral cristiana haciendo a un lado a la caridad. La caridad es la virtud reina, el mandamiento nuevo que nos dio Cristo, por lo tanto es la base de toda espiritualidad cristiana. Es el distintivo de los auténticos cristianos. La caridad es la virtud sobrenatural por la que amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos por amor a Dios. Es la virtud por excelencia porque su objeto es el mismo Dios y el motivo del amor al prójimo es el mismo: el amor a Dios. Porque su bondad intrínseca, es la que nos une más a Dios, haciéndonos parte de Dios y dándonos su vida (cf. 1 Jn. 4, 8). La caridad le da vida a todas las demás virtudes, pues es necesaria para que éstas se dirijan a Dios. Sin la caridad, las demás virtudes están como muertas. La caridad no termina con nuestra vida terrena, en la vida eterna viviremos continuamente la caridad. San Pablo nos lo menciona en 1 Cor 13, 13; y 13, 87. Al hablar de la caridad, hay que hablar del amor. El amor “no es un sentimiento bonito” o la carga romántica de la vida. El amor es buscar el bien del otro. La caridad es más

que el amor. El amor es natural. La caridad es sobrenatural, algo del mundo divino. La caridad es poseer en nosotros el amor de Dios. Es amar como Dios ama, con su intensidad y con sus características. La caridad es un don de Dios que nos permite amar en medida superior a nuestras posibilidades humanas. La caridad es amar como Dios, no con la perfección que Él lo hace, pero sí con el estilo que Él tiene. A eso nos referimos cuando decimos que estamos hechos a imagen y semejanza de Dios, a que tenemos la capacidad de amar como Dios.

Para reflexionar: 1 Cor 13, 4-7: “*El amor es paciente, es bondadoso. El amor no tiene envidia; el amor no es jactancioso, no es arrogante. No se porta indecorosamente; no busca lo suyo, no se irrita, no toma en cuenta el mal recibido. El amor no se regocija de la injusticia, sino que se alegra con la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor no pasa nunca. Pero si hay dones de profecía, se acabarán; si hay lenguas, cesarán; si hay conocimiento, se acabará*”. ¿Mi caridad y amor tienen estas características? ¿Tengo clavado este distintivo en mi vida cristiana?

Para rezar: nada mejor que el Himno de san Francisco, donde se resume la esencia del amor.

*Hazme un instrumento de tu paz
donde haya odio lleve yo tu amor
donde haya injuria tu perdón señor
donde haya duda fe en ti.*

*Maestro, ayúdame a nunca buscar
el ser consolado sino consolar
ser entendido sino entender
ser amado sino yo amar.*

*Hazme un instrumento de tu paz
que lleve tu esperanza por doquier
donde haya oscuridad lleve tu luz
donde haya pena tu gozo, Señor .*



REGRESAR al
Índice

*Hazme un instrumento de tu paz
es perdonando que nos das perdón
es dando a todos como Tú nos das
muriendo es que volvemos a nacer.*

Hazme un instrumento de tu paz.



SEXTO DOMINGO DE PASCUA

Ciclo C

Textos: Hech 15, 1-2.22-29; Ap 21, 10-14.22-23;
Jn 14, 23-29

Idea principal: ¿Quién es el *Espíritu Santo*?
¿Qué efectos produce en nuestra alma?

Síntesis del mensaje: Cristo, en el largo discurso de despedida a los Apóstoles, les está preparando, a ellos y a nosotros también, para la venida del Espíritu Santo, Maestro divino interior, Luz para las mentes, Dulce Huésped y Consolador de nuestras almas, Arquitecto de nuestra santidad, Escultor de la imagen de Cristo en nuestro interior, Estratega en nuestras luchas, Bálsamo para nuestras heridas.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, ¿quién es el Espíritu Santo? La teología nos enseña que el Espíritu Santo es visto *en la vida íntima de la Trinidad* como el que procede del Padre y el Hijo, y constituye la comunión inefable entre el Padre y el Hijo. *En la vida del creyente* el Espíritu Santo instalará su morada, transformándose en luz, consuelo y maestro interior. *En la vida de la Iglesia*, el Espíritu Santo será el testimonio viviente de Jesús, la guía interior para el descubrimiento de toda la verdad y la fuerza para oponerse al mundo malvado, convenciéndolo del pecado. El Espíritu Santo guía a la Iglesia en sus máximas decisiones y la ayuda a mantenerse unida (1ª lectura). Y a lo largo de los siglos, con los himnos dedicados al Espíritu Santo, al Espíritu Santo se le han dado unos atributos profundos: Maestro interior que nos enseña y nos explica

las verdades de Cristo; dulce Huésped del alma que nos consuela en los momentos de aflicción; Escultor de la santidad, que va esculpiendo la imagen de Cristo poco a poco en nuestra alma, si le dejamos; Estratega en la batallas que debemos entablar con los grandes enemigos de nuestra santidad; ahí está Él animándonos y fortaleciéndonos en la lucha.

En segundo lugar, *el efecto que este divino Espíritu deja en el alma es la paz* (evangelio). Los romanos deseaban la salud (“*salus*”), los griegos la alegría de la vida (Χαίρει “*Jaire*”), los judíos la paz “*Shalom alechem*” (paz a vosotros), que era la prosperidad material y religiosa, personal, tribal y nacional. Por eso en sus libros sagrados es la palabra que más sale: 239 en el Antiguo Testamento, y 89 en el Nuevo. Esta paz que nos da el Espíritu Santo es la paz de Cristo. No es la paz de los cementerios. Ni la paz que dejan las armas que callan. Ni la paz que las naciones firman en concordatos con plumas de oro y en sillones de lujo. La paz del Espíritu es la paz personal, íntima, insobornable. La serenidad del lago de la conciencia y su honradez de vida; el gozo del corazón y sus bondades humanas; el alma de Dios con sus vivencias divinas, que es tanto como decir la vida cara al sol y las estrellas. Esta paz nadie nos la puede quitar: ni una enfermedad, ni la vecina de al lado, ni el Ministerio de Hacienda, ni mi jefe de trabajo. Nadie nos la quita, sencillamente porque nadie



de todos ellos nos la dio, y porque es divina. Preguntemos, si no, a Edith Stein, judía convertida al cristianismo y después monja carmelita, y hoy santa Benedicta de la Cruz, detenida por la policía alemana el 2 de agosto de 1942, y que terminó en el campo de Auschwitz, muriendo en la cámara de gas. Nunca perdió esta paz divina. O la paz de Teresa de Jesús, que nunca la perdió ni entre los pucheros de la cocina conventual ni en los carros de las fundaciones por las tierras de España y cuando se las tuvo que ver cara a cara con el rey más poderoso del mundo de ese tiempo, Felipe II. La paz de Juan de la Cruz en las noches toledanas empozado en su celda de 3x4, con los piojos airados y los rebojos de pan duro con una sardina; y así, ¡nueve meses hasta el día de su fuga!

Finalmente, y con la paz el Espíritu Santo nos proporciona también el gusto por las cosas espirituales. El hombre natural aprecia las cosas y las ventajas materiales: salud, dinero y amor...pero no es capaz de apreciar las cosas espirituales: la fe en Cristo, la vida de unión con Él, incluso a través de los sufrimientos de la vida, el amor auténtico. El Espíritu Santo nos ayuda a comprender la relatividad y fugacidad de las cosas, comparadas con las cosas divinas. Él nos enseña la docilidad interior a la voluntad divina, como manifestación concreta de nuestro amor real a Dios. No cerremos la puerta a este Dulce Huésped del alma con nuestra sordera. No le tapemos la boca a este maravilloso Maestro interior con nuestras rebeldías. No lastimemos a este Escultor divino con nuestras resistencias. Escuchemos sus gemidos inenarrables, cuando le ofendemos, y tratemos de estar siempre a su escucha, a la hora de discernir en nuestra vida personal y comunitaria (1ª lectura). Dejemos que sea el Espíritu Santo quien eleve nuestro pensamiento y afecto continuamente a la ciudad santa, el cielo, para dejarnos envolver por el fulgor divino y lo transmitamos a nuestro

alrededor (2ª lectura).

Para reflexionar: ¿Cómo trato al Espíritu Santo en mi alma? ¿Le escucho? ¿Soy dócil a lo que me pide? ¿Me dejo moldear por Él? ¿Qué estoy haciendo con la paz que me dejó Cristo, como fruto del Espíritu Santo: la saboreo, la defiendo, la pisoteo?

Para rezar: Recemos las estrofas del famoso himno al Espíritu Santo:

*Ven, Espíritu Divino
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.
Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.
Entra hasta el fondo del alma,
divina luz y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.
Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.
Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno. Amén.*



SÉPTIMO DOMINGO DE PASCUA SOLEMNIDAD DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

Ciclo C

Textos: Hech 1, 1-11; Heb 9, 24-28; 10, 19-23;
Lc 24, 46-53

Idea principal: La Ascensión del Señor nos invita a “volar” al cielo con la mente y con el corazón.

Síntesis del mensaje: Este misterio glorioso de la vida del Señor se resume así: Jesús, después de su vida en la tierra, de haber dejado instituida su Iglesia y habernos regalado su presencia resucitada y perpetua en los sacramentos, volvió al cielo, de donde había bajado para realizar la salvación de la humanidad, para sentarse a la diestra del Padre y ser nuestro intercesor. Y desde allí nos enviaría el Espíritu Santo que guiaría a la Iglesia y nos guiaría a cada uno a ese cielo prometido y anhelado por todo corazón humano.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, en este día el hombre debería anhelar “volar” al cielo. Cuenta la mitología que el primer hombre que realizó el sueño inmortal de todos los mortales, volar, fue Ícaro, hijo de Dédalo, el ingeniero constructor del laberinto de Creta. Gracias a unas alas de pluma y mimbres, que le construyó su padre y se las pegó con cera a las espaldas, Ícaro despegó un día de la isla de Creta rumbo al Olimpo, que era el cielo de los dioses paganos. Pero al sobrevolar el mar Egeo, atravesó las nubes, le pegó el sol, le derritió la cera, le despegó las alas y, ¡todo su gozo en un pozo! El pobre Ícaro cayó

al mar entre las islas de Samos, patria chica del teorema de Pitágoras, y la de Patmos, destierro del evangelista san Juan. Pero con el fracaso de Ícaro no se les acabaron a los hombres las ganas de despegar de la tierra y subir al cielo. El 12 de abril de 1961, el cosmonauta ruso Juri A. Gagarin despegó de la base siberiana de Baikonur a las 9.07 a.m. y, a bordo de su cápsula espacial Wostok, en 89 minutos trazó una elipse de 175 y 327 kms de altura alrededor de la tierra. Y aunque este ruso se burló de Dios diciendo: **“Estuve por el cielo y no he encontrado a Dios”**, sin embargo, el hombre sigue anhelando el cielo. Y es una verdad de fe que el cielo existe. Y que allí está Dios. Y que Jesús, un día como hoy subió al cielo por la vertical del Olivete.

En segundo lugar, Jesús no es ni un Ícaro ni otro Gagarin. Pero esta gran noticia de la Ascensión del Señor es de un evento teológico de primera magnitud, que desvió el curso de la historia humana, trastornó los planes de los hombres y hoy nos tiene a nosotros de testigos. Enseña lo siguiente: han terminado las páginas de la historia en que algunos hombres y mujeres privilegiados vivieron la cercanía inmediata y sensible de Jesús resucitado, y ahora hay que pasar página. Ya nunca más ningún mortal volverá a verle, oírle, tocarle, sentirle...de carne y hueso. Pasemos página. Y ahora comienza la



historia de la presencia resucitada, mística, pero real de Cristo que dijo: **“Yo estaré con vosotros hasta la consumación del mundo”** (Mt 28, 19-20). Comenzó la era de la Iglesia de Jesús, que dijo: **“Seréis mis testigos...hasta los últimos confines de la tierra”** (Hech 1, 8), y lo somos. Ésta es la era del Espíritu de Jesús, que dijo: **“Seréis bautizados con el Espíritu Santo”** (Hech 1, 5), y lo fuimos. Cuando Jesús les habló por última vez, no volvieron a verle más con los ojos del cuerpo, pero comenzaron a sentir su presencia con los ojos de la fe y pensaron: realmente subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre. Esto es la Ascensión.

Finalmente, y los hombres de hoy, ¿será que sienten esta presencia de Cristo y anhelan el cielo? Algunos tienen ojos que miman y ceban y no hartan. Y por eso, no miran al cielo. Otros entre tantas diversiones hacen pesado el corazón y no se elevan a las alturas celestiales. Viven el consejo del poeta Horacio: **“Carpe diem”**, disfruta y arrebaña el día, y lo estrujan como a un limón, hasta la última gota; y después experimentan la resaca, la soledad, el hastío y el asco. ¿Y el cielo? Nada. No obstante, hay cosas todavía que levantan el ánimo y nos invitan a mirar hacia arriba: la sonrisa limpia de un niño, un poco de belleza en un atardecer, un “te quiero” pero bien dicho, un adiós con sincera nostalgia, una llamada de un amigo, el espectáculo del mar sereno, un minuto de libertad, un rato de oración íntima en una capilla donde está prendida la vela del Santísimo. Todo esto nos invita a mirar y a “volar” al cielo, al menos por momentos. Y alegrar y dar sentido a nuestra existencia, a nuestros dolores y fatigas, a nuestros actos de generosidad y bondad. No, la vida no acaba acá. Después de nuestra pasión y muerte, vendrá la resurrección y la ascensión. Como con Jesús. Ascendemos para entrar en Dios, encontrarnos con Él y disfrutar de su presencia amorosa. Y Él nos está esperando. Y Cristo, ya nos preparó una

morada. En este día se acaban las nostalgias y las penas, pues hemos llegado a nuestro cielo natal. Allí todo es alegría y júbilo y amor. Pero con Dios y los amigos de Dios.

Para reflexionar: ¿Cuántas veces pienso diariamente en el cielo? ¿Qué es lo que más me gusta del cielo? ¿Qué hago para poder llegar un día a ese cielo que Cristo nos abrió con su Ascensión? ¿La certeza del cielo me hacen llevaderos el sufrimiento y la cruz en mi vida? ¿Qué hago para llevar a todos mis seres queridos al cielo?

Para rezar: recemos con Fray Luis de León en su Oda en la Ascensión:

¿Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, obscuro,
con soledad y llanto;
y tú, rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?...

¿Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura,
que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿qué no tendrá por sordo y desventura?...

Dulce Señor y amigo,
dulce padre y hermano, dulce esposo,
en pos de ti yo sigo:
o puesto en tenebroso
o puesto en lugar claro y glorioso.



SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS

Ciclo C

Textos: Hech 2, 1-11; Rom 8, 8-17; 10, 19-23;
Jn 14, 15-16.23b-26

Idea principal: Las *maravillas* que hace el Espíritu Santo en el mundo, en la Iglesia y en nuestras almas.

Síntesis del mensaje: “*Siempre que interviene el Espíritu nos deja atónitos*”, decía el cardenal Van Thuan en los famosos ejercicios espirituales que predicó al Papa y a la curia romana en marzo del año 2000. Y sólo quien tiene fe descubre las secretas o clamorosas maravillas de ese Espíritu Santo.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, las *maravillas que hace el Espíritu Santo en el cosmos y en la naturaleza*. ¿No es increíble la acción del Espíritu que hace 15.000 millones de años apretó el botón y desencadenó el Big Bang y del estallido de un átomo miles de veces más pequeños que la punta de un alfiler brotaron la materia y la energía, el tiempo y el espacio, las galaxias, las estrellas, los soles y los planetas, el cielo y la tierra con el mar, los días y las noches, el hombre y la mujer. Pues aquel Espíritu era el Espíritu Santo, el Espíritu de Dios. Dicen los libros sagrados del Nuevo Testamento que el Espíritu es el Espíritu de la verdad, del amor y de la santidad, de la unidad con la igualdad y la fraternidad universales, de la esperanza, de la alegría y de la paz. O sea, que todo eso que buscamos y no encontramos, que los políticos

prometen y no dan, que anhelamos y con que nos frustramos, es, ¡y nosotros sin enterarnos!, el Espíritu Santo de Dios y del hombre.

En segundo lugar, las *maravillas que hace el Espíritu Santo en la Iglesia*. Basta repasar las hojas de la historia de la Iglesia, desde sus inicios. La Iglesia, comunión viviente en la fe de los apóstoles que ella *transmite*, es el lugar de nuestro conocimiento del Espíritu Santo: en las Escrituras que El ha *inspirado*; en la Tradición que Él ha *conservado*, y de la cual los Padres de la Iglesia son testigos siempre actuales; en el Magisterio de la Iglesia, al que Él *asiste*; en la liturgia sacramental –en cada sacramento–, a través de sus palabras y sus símbolos, en donde el Espíritu Santo *nos pone en comunión con Cristo*; en la oración en la cual Él *intercede* por nosotros; en los carismas y ministerios mediante los que se *edifica* la Iglesia; en los signos de vida apostólica y misionera; en el testimonio de los santos, donde Él manifiesta su santidad y continúa la obra de la salvación. Ahí está también el Espíritu Santo en todos los Concilios que a lo largo de los siglos se han celebrado para explicar, esclarecer y profundizar la doctrina, para condenar las herejías y para conservar intacta la fe de la Iglesia. Ahí está el Espíritu Santo asistiendo al Papa cuando habla “*ex cathedra*” en materia de fe y moral, y por eso es infalible. O cuando le inspira al Papa



iniciativas increíbles: las Jornadas Mundiales de la Juventud a san Juan Pablo II; o los Años Santos o Jubileos extraordinarios. La Iglesia no es una sociedad como cualquiera; no nace porque los apóstoles hayan sido afines; ni porque hayan convivido juntos por tres años; ni siquiera por su deseo de continuar la obra de Jesús. Lo que hace y constituye como Iglesia a todos aquellos que *“estaban juntos en el mismo lugar”* (Hch 2,1), es que *“todos quedaron llenos del Espíritu Santo”* (Hch 2,4). Todo lo que la Iglesia anuncia, testimonia y celebra es siempre gracias al Espíritu Santo. Son dos mil años de trabajo apostólico, con tropiezos y logros; aciertos y errores, toda una historia de lucha por hacer presente el Reino de Dios entre los hombres, que no terminará hasta el fin del mundo, pues Jesús antes de partir nos lo prometió: *“...yo estaré con ustedes, todos los días hasta el fin del mundo”* (Mt. 28,20).

Finalmente, las maravillas que hace el Espíritu Santo en nuestra alma. Si un pecador se arrepiente y se convierte, se debe a la acción secreta e interior del Espíritu Santo. Si un alma buena se lanza a una vida más fervorosa y santa, y deja la mediocridad, sin duda que ha sido el Espíritu Santo quien le ha inspirado y le ha dado la gracia para ese cambio. Y cuando un santo está dispuesto al martirio, no es por sus propias fuerzas. Sólo el Espíritu Santo, con el don de fortaleza, reviste a ese hombre de la valentía necesaria para enfrentar dicho martirio. Nos confirma esto la famosa película basada en el drama del escritor francés George Bernanos *“Diálogo de carmelitas”*. Monjas condenadas al patíbulo y llevadas a la guillotina en tiempo de la revolución francesa subían una a una cantando el himno del *“Veni Creator Spiritus”*, himno del siglo VIII dedicado al Espíritu Santo. ¿Cuál fue la sorpresa en esa obra? Una monja, de la nobleza francesa, que por miedo a la muerte se fue al convento, que por miedo a la ejecución

martirial se escapó del convento...y ahora fue la última en subir al cadalso y terminar el himno, envalentonada por el Espíritu Santo. ¿Quién inspira a hombres y mujeres a fundar una Congregación religiosa o un Movimiento o Comunidad? El Espíritu Santo que es luz para las mentes. En los momentos de dolor y aflicción, ¿quién nos debería consolar? Que nos lo confirme el cardenal Van Thuan, que estuvo en las cárceles del Vietnam catorce años, nueve de los cuales aislado; y cuando ya él no podía rezar por su cansancio físico y mental, el Espíritu Santo hacía cantar el Himno *“Veni Creator Spiritus”* que el mismo Van Thuan enseñó a uno de sus carceleros comunistas y que lo cantaba todas las mañanas al bajar para hacer gimnasia. Sólo el Espíritu Santo, que es el Divino Consolador nos deja atónitos cuando interviene. En los momentos de decisiones importantes en la vida, ¿a quién deberíamos invocar? Al Espíritu Santo. Cuando un matrimonio supera una crisis y se perdonan esposo y esposa, ¿quién está detrás? El Espíritu Santo que es Espíritu de unión y armonía. Y cuando un sacerdote supera su crisis personal, ¡obra del Espíritu Santo!

Para reflexionar: *“Sin el Espíritu Santo, Dios está lejos, Cristo permanece en el pasado, el Evangelio es letra muerta, la Iglesia una simple organización, la autoridad una dominación, la misión una propaganda, el culto una evocación y el actuar cristiano una moral de esclavos. Pero en Él: el cosmos se subleva y gime en los dolores del Reino. Cristo resucitado está presente, el Evangelio es potencia de vida, la Iglesia es comunión trinitaria, la autoridad es servicio liberador, la misión es Pentecostés, la liturgia es conmemoración y anticipación, el actuar humano se deifica”* (Ignacio de Laodicea, mártir del siglo II).



REGRESAR al
Índice

Para rezar: con san Agustín recemos:

Espíritu Santo, inspíranos, para que pensemos santamente.

Espíritu Santo, incítanos, para que obremos santamente.

Espíritu Santo, atraénos, para que amemos las cosas santas.

Espíritu Santo, fortalécenos, para que defendamos las cosas santas.

Espíritu Santo, ayúdanos, para que no perdamos nunca las cosas santas.



SOLEMNIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Ciclo C

Textos: Prov 8, 22-31; Rom 5, 1-5; Jn 16, 12-15

Idea principal: ¿Quién es *Dios*?

Síntesis del mensaje: Toda nuestra vida cristiana gira –o debería girar– en torno a la Trinidad Santa. Nos levantamos y nos acostamos en el nombre de la Trinidad. Trabajamos y sufrimos en el nombre de la Trinidad. Celebramos y participamos en los sacramentos y hacemos oración en el nombre de la Trinidad. Comemos y compartimos nuestro pan en nombre de la Trinidad Santa. Toda nuestra vida debería ser un diálogo entre nosotros y el Padre, hecho por medio de Jesucristo, a la luz y con el sostén del Espíritu Santo.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, un poco de historia. Cuenta san Gregorio de Nisa, que en sus tiempos- siglo IV- era imposible ir a la plaza del mercado a comprar pan, a las termas a darse una sauna, a los cambistas a hablar de dinero, etc., sin irse todos a la greña a cuenta del misterio de la Trinidad. Informan los historiadores que Constantino tenía su imperio en dos partidos mal avenidos: los arrianos, cuyo jefe Arrio, clérigo sin mitra ni báculo, sostenía que el Padre es Dios pero el Hijo no; y los atanasios, cuyo jefe, Atanasio, clérigo también sin mitra ni báculo, sostenía que el Hijo es tan Dios como el Padre. Y aquello era “guerra civil” a la vista. Cuenta la historia de la Iglesia que el emperador

Constantino, ya en vilo y con el imperio en un brete, convocó el primer concilio ecuménico para que los obispos de la Iglesia se batieran el cobre por la Trinidad y, de paso, le salvaran el imperio. 20 de mayo del año 325 en la ciudad de Nicea, en la Turquía asiática: el emperador Constantino –corona imperial a la cabeza, manto de cola y arrastre, empaque oriental- entró en la sala conciliar por entre las 318 mitras y báculos de los padres sinodales, subió el estrado y felicitó al legado del Papa Silvestre I, que era español: el gran Osio, obispo de Córdoba. Allí, a cuentas de la Trinidad, el Papa se jugaba la unidad de la Iglesia y Constantino la unidad del imperio. Nicea, 19 de junio de 325: el gran Osio dio con esa palabra mágica, luminosa y clave, y solucionó el problema: “*homoúsios*” (= consustancial). El Hijo, pues, es consustancial al Padre y viceversa, es decir, el Hijo es Dios igual que el Padre. Fin del concilio. Y dice el historiador eclesiástico, Eusebio de Cesarea, que Constantino dio a los obispos un banquete imperial y a sus súbditos una orden imperial: o aceptación del concilio o destierro de por vida.

En segundo lugar, ¿cómo se acercan los teólogos a este misterio de la Trinidad? Observan por las mirillas que el *Padre*, en efecto, ejerce autoridad sobre el Hijo y sobre los hombres.



Autoridad que no autoritarismo. Paternidad que no paternalismo que mimar, agobia y no hace crecer a los hijos. Y le dice al Hijo: “*ésta es la situación de los hombres y este es mi plan de redención, y el redentor eres tú*”. Y nos dice a nosotros: “*yo soy el Padre que os amo y quiero la felicidad de todos vosotros; pero cumplid mis mandatos para que seáis felices y me hagáis feliz*”. Siguen los teólogos y observan al *Hijo* y su obediencia, que es una, grande y libre (pero sin yugo ni flechas, como en el escudo español). Y escuchan al Hijo decir: “*Yo hago siempre la voluntad de mi Padre*” (Jn 8, 29), “*el Padre y yo somos uno*” (Jn 10, 30), “*...llevo tu ley en mi corazón*” (Heb 10, 7 y Salmo 39, 9). Y no cansados de reflexionar y meditar, los teólogos oyen el aletear del Espíritu, que en vuelo rasante sobrevoló el caos previo a la creación del mundo, que habló lo mismo a los patriarcas en las grandes teofanías que a los profetas y caudillos de Israel, que bajó sobre Jesús y las aguas del Jordán, que llegó a los apóstoles a bordo del huracán. El Espíritu es energía, vitalidad, actividad. Es luz que nos guiará a la verdad completa (evangelio).

Finalmente, nosotros, por ser bautizados, somos portadores de la Trinidad. Rápido se percibe cuando uno está lleno de ese Dios y valora lo espiritual más que lo material, el alma más que el cuerpo, el cielo más que la tierra, al prójimo como a Dios y a Dios más que a nadie y sobre todas las cosas. Y a ese Dios Uno y Trino debemos adorar con toda el alma; amar con todo el corazón; agradecer con todo el ser y corresponder llevando una vida según el Espíritu. Por ser portadores de la Trinidad hasta nos gloriamos de los sufrimientos, pues sabemos que el sufrimiento engendra la paciencia, la

paciencia engendra la virtud sólida, la virtud sólida engendra la esperanza, pues Dios nos ha infundido el amor en nuestros corazones por medio del Espíritu (2ª lectura). Y vivimos felices, pues las delicias de ese Dios Uno y Trino son estar con los hijos de los hombres (1ª lectura).

Para reflexionar: ¿Acepto a Dios como misterio? ¿Rezo a Dios en términos vagos, o me relaciono de persona a persona con el Padre, o con Jesús, o con el Espíritu Santo? ¿Hago todo en nombre la Santísima Trinidad: trabajo, estudio, descanso, sufrimiento, éxito y fracasos?

Para rezar: Himno de las primeras Vísperas de la Solemnidad de la Santísima Trinidad

*Dios mío, Trinidad a quien adoro!
La Iglesia nos sumerge en tu misterio;
te confesamos y te bendecimos,
Señor Dios nuestro.*

*Como un río en el mar de tu grandeza,
el tiempo desemboca en hoy eterno,
lo pequeño se anega en lo infinito,
Señor, Dios nuestro.*

*Oh, Palabra del Padre, te escuchamos;
oh, Padre, mira el rostro de tu Verbo;
oh, Espíritu de amor, ven a nosotros;
Señor, Dios nuestro.*

*¡Dios mío, Trinidad a quien adoro!
haced de nuestros almas vuestro cielo,
llevadnos al hogar donde tú habitas,
Señor, Dios nuestro.*

*Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu:
Fuente de gozo pleno y verdadero,
al Creador del cielo y de la tierra,
Señor, Dios nuestro. Amén.*



SOLEMNIDAD DEL CUERPO Y LA SANGRE DE CRISTO

Ciclo C

Textos: Gn 14, 18-20; 1 Co 11, 23-26; Lc 9, 11-17

Idea principal: La Iglesia vive de la Eucaristía y también nosotros. La Eucaristía es alimento para los hambrientos y cansados, y consuelo para los tristes. Es uno de los gestos más sublimes de misericordia de Dios con nosotros.

Síntesis del mensaje: Esta fiesta nos hace centrar nuestra atención agradecida en la Eucaristía como sacramento en el que Cristo Jesús ha pensado dársenos como alimento para el camino, haciéndonos comulgar con su propia Persona, con su Cuerpo y Sangre, bajo la forma del pan y del vino. Y así, también nosotros podamos ser para nuestros hermanos eucaristías vivas, es decir, sacrificio, compañía, consuelo y alimento para ellos.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, al igual que Abrahán que vino cansado de la expedición (1ª lectura), al igual que esa multitud hambrienta que seguía a Jesús (evangelio), nosotros con frecuencia también experimentamos el cansancio y el polvo del camino y nos podemos sentir exhaustos por las dificultades de la vida personal, matrimonial, profesional. Cansancios físicos, muchos, por los mil trabajos que tenemos. Cansancios afectivos y psicológicos, a veces, pues la convivencia con la familia y los demás desgasta. Cansancios espirituales, también, porque parece que Dios no nos escucha ni nos hace caso. Dios, en su

infinita misericordia, salió a nuestro paso para darnos descanso y alimento para el camino. Y no cualquier vianda, sino el Cuerpo y la Sangre de su Hijo Jesucristo, como alimento y viático para el camino de la vida terrena. Señor, gracias por tanta delicadeza con nosotros.

En segundo lugar, la Iglesia vive de la Eucaristía, como bien escribió san Juan Pablo II en su encíclica sobre este gran misterio. La Eucaristía es fuente de toda la vida cristiana. El Concilio Vaticano II dice *“la Eucaristía contiene todo el bien espiritual de la Iglesia”*. ¿Quién es el bien espiritual de la Iglesia? No son los cuadros de arte, ni las catedrales, no los copones de oro, ni las vestimentas bordadas. El bien espiritual es *“Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de Vida, que da la vida a los hombres por medio del Espíritu Santo”* (Concilio Vaticano II, *Presbyterorum Ordinis*, n.5). Una Iglesia, podría tener todo el arte sacro más bello del mundo, pero si no tiene la presencia viva de Cristo Eucaristía, ¿de qué sirve ese arte? ¡Sólo sería un museo y relicario! El arte sacro está al servicio y para gloria de Cristo Eucaristía. Una Iglesia podría carecer de estatuas, vitraux, órgano... pero si tiene la presencia viva de Cristo Eucaristía, lo tiene todo, pues las estatuas, el vitraux, el órgano, deben estar siempre al servicio y para gloria de Cristo Eucaristía. ¡Oh, la Eucaristía!: *“Sacramento de piedad, signo de*



unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual Cristo es nuestra comida, el alma se llena de gracia futura” (Concilio Vaticano II, Sacrosanctum Concilium, n. 47).

Finalmente, el culto a Cristo Eucaristía nos debería llevar: *primero*, a la asistencia y la participación atenta, consciente y fervorosa a la Santa Misa, cada domingo y si es posible, todos los días. ¡Dios nos salva en cada Misa! *Segundo*, a la adoración a Cristo Eucaristía, solemnemente expuesto sobre el Altar, en Horas Santas, momentos de oración delante del Santísimo Sacramento. *Tercero*, a la visita eucarística que deberíamos hacer durante el día, entrando en una iglesia y dialogando con ese Dios Compañero y Amigo que quiso quedarse en los Sagrarios para ser confidente del hombre. *Cuarto*, al respeto, decoro a cuanto rodea este misterio: templo, cálices, copones, manteles, nuestra manera de vestir en la iglesia, nuestra manera de estar, de rezar de leer las lecturas de la Misa, de guiar, de servir como ministros de la Sagrada Comunión, de celebrar la Santa Misa por parte del sacerdote. Y *quinto*, en la catequesis, este tema de la Eucaristía debe ser prioritario, explicado con unción, con amor, con fervor y extensamente. La Eucaristía es el Sacramento más sublime, porque en él no sólo recibimos la gracia de Cristo, sino al autor de la gracia, en Cuerpo y Sangre, Alma y Divinidad.

Para reflexionar: cuando hablamos de la Eucaristía, estamos lanzando un gran compromiso a todos. No sólo a estar agradecidos eternamente por este incomparable regalo de la Eucaristía, preludio y preguštění del cielo, sino sobre todo, a hacernos también nosotros Eucaristía, es decir, inmolación y sacrificio; alimento y nutrición; presencia y compañía para todos aquellos hermanos nuestros que caminan en esta vida desfallecidos, con la mirada baja y triste, desesperanzados y desilusionados. Debemos hacernos pan, repartir el pan de

nuestra fe, esperanza y caridad, y lograr con ellos una fraternidad hasta lograr la paz, la unión y la armonía en el mundo. A todo esto nos compromete la Eucaristía. Pidamos a Cristo Eucaristía que nos acreciente la fe en este gran misterio, para que nunca nos acostumbremos al asombro eucarístico, sino que caigamos siempre de rodillas ante él, agradeciendo, adorando, amando.

Para rezar: ¡Qué hermosa la oración que la Iglesia viene rezando ya desde hace siglos!:

- *¡Oh Sagrado convivio, en que Cristo es nuestra comida, se celebra el memorial de su Pasión, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura!*
- *Les diste Pan del cielo.*
- *Que contiene en sí todo deleite.*

Hagamos esta oración a San Manuel González, sevillano y apóstol y obispo de los sagrarios abandonados: *“Tú, que enamorado de la eucaristía y de la presencia real de Dios encarnado en todos los tabernáculos del mundo; y ante la indiferencia, ingratitud y olvido por parte de los hombres de acompañar en amor e intimidad al Santísimo Sacramento, te ofreciste como reparador y amante del Dios escondido hasta la muerte; y pediste ser enterrado junto a un sagrario para que tus huesos gritaran: “¡ahí está Jesús! ¡Ahí está! No le dejéis abandonado”. Enséñanos a tener esa intimidad con Cristo sacramentado para que nuestras almas locas de amor por Él se entreguen como hostias vivas para la salvación del mundo. Amén”*. San Manuel González. Ruega por nosotros.



DUODÉCIMO DOMINGO TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Zac 12, 10-11; Gal 3, 26-29; Lc 9, 18-24

Idea principal: Seguir a Cristo nunca es fácil.

Síntesis del mensaje: Seguir a Cristo requiere tomar en serio las condiciones que hoy Cristo nos pone: *“Si alguno quiere acompañarme, que no se busque a sí mismo, que tome su cruz de cada día y me siga”*. No buscarnos a nosotros mismos, que es egoísmo, sino la voluntad de Dios, que eso es amor. Tomar cada uno su propia cruz de cada día, participación de alguna astilla de la cruz de Cristo: cruz física, cruz psicológica, cruz moral, cruz afectiva, cruz espiritual. Seguir a Cristo, pues Él dejó bien nítidas las huellas en el evangelio, en el Sagrario y en el pobre necesitado.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, *no fue fácil seguir a Cristo durante su vida terrena.* Preguntemos a ese joven rico del evangelio que le dio las espaldas a Cristo (cf. Mc 10, 17-30). Preguntemos a esos escribas y fariseos, que aunque le escuchaban, no se abrieron a la fe en Él y prefirieron seguir atados a sus pergaminos, tradiciones y sobre todo, a su soberbia. Preguntemos a cuantos Cristo les dio de comer y les llenó el estómago del pan material, pero cuando les vaticinó el otro Pan, el Pan de su Cuerpo, el Pan de vida (cf. Jn 6), se retiraron

muchos y le abandonaron. Preguntemos a Pedro que cuando Cristo hizo su anuncio de la pasión y muerte, quiso disuadirle para que cambiase de idea; y Cristo sólo le dijo bien firme: *“Aléjate de mí, Satanás, piensas como los hombres y no como Dios”*. Preguntemos a los mismos apóstoles, escogidos por Cristo, que tardaron tanto en entender el mensaje de Jesús, y le fallaron justamente en el momento de la Pasión, dejándole sólo, a excepción de Juan. Preguntemos a cuantos le escucharon aquellas palabras: *“Quien quiera seguirme, renuncie a sí mismo, tome la cruz y sígame”* (Mt 16, 24); se hicieron oídos sordos y siguieron por otro camino, en busca tal vez de un profeta que les prometa la felicidad sin cruz y sin renuncia. ¿Con cuántos amigos terminó Cristo su vida terrena? Los podemos contar con las dos manos. Sí, seguir a Cristo es difícil, porque es cuesta arriba, el camino espinoso en muchas ocasiones, pocos momentos de oasis y mucho sudor y lágrimas. Pero la presencia de Cristo consuela, anima, fortalece y fortifica nuestra alma y nuestro cuerpo. Y esa presencia hoy la encontramos especialmente en la oración, en los sacramentos y en la caridad con el pobre, donde Él se hace también carne necesitada de un sorbo de agua, de un pedazo de vestido, de un techo que le cobije, de una palabra de consuelo.



En segundo lugar, no fue fácil seguir a Cristo durante los primeros siglos del Cristianismo, cuando Jesús subió al cielo. “Crucifícale”. Este grito de los judíos contra Jesús se sigue oyendo durante tres primeros siglos contra los cristianos. «*Christiani ne sint*» (*mueran los cristianos*), reza el edicto imperial. Mas los discípulos de Cristo crucificado, sin otras armas que su paciencia y su verdad, superan todas las asechanzas. Incluso en el gobierno de Nerón pudo propagarse la Iglesia con cierta libertad. Desde este emperador hasta el siglo IV se persiguió a muerte a los cristianos, procurando aniquilarlos por todos los medios. Ellos mantuvieron firme su fe hasta la muerte, con el auxilio divino: hombres, mujeres y niños sufrieron alegres los tormentos y la muerte por confesarse cristianos. Muchos paganos se convirtieron al ver su valor en los tormentos y el ejemplo en su vida intachable. *¿Cuántas persecuciones?* Hubo 10 persecuciones generales, que se extendían a todo el Imperio; y muchas persecuciones locales que afectaban sólo a tal o cual provincia. *¿Qué tormentos?* A veces servían de espectáculo al populacho ávido de sangre y emociones fuertes: crucifixión, bestias en el circo, fuego lento, antorchas... Estos tormentos fueron sobremanera terribles en las últimas persecuciones, en que se pretendía quebrantar la voluntad y lograr su apostasía: hambre, peines de hierro, flagelación hasta dejar descubiertos los huesos, aceite hirviendo y pez derretido, etc. *¿Cómo sufrían y morían los primeros cristianos?* Serenos y en paz, con ansias de unirse a Cristo. Humildes y caritativos, perdonando a sus verdugos y rogando por su salvación. A veces discutían con sus jueces demostrándoles la verdad de la religión. El Espíritu que en ellos habitaba les ponía en la boca las palabras que habían de responder. *¿Causas de las persecuciones?*

La verdadera causa era que la vida ejemplar de los cristianos constituía una constante reprensión silenciosa de los vicios paganos. Jesús lo había anunciado claramente: “*Os perseguirán porque no sois del mundo*”. Los pretextos que ponían los perseguidores eran: son enemigos del estado, pues no acatan las órdenes del emperador, son impíos y atraen las maldiciones de los dioses, no quieren tributarles culto. Tertuliano les contestó: “*Id a vuestras cárceles y ved cuántos paganos criminales hay en ellas y cuántos criminales cristianos; luego juzgad vosotros*”. Otros pretextos: cometen crímenes tremendos en la celebración de sus misterios: p. e., comen niños... Son causa de división dentro del imperio. Puras excusas para destruirlos.

Finalmente, no será fácil para cada uno de nosotros, sus seguidores. Seguir a Cristo en la política no es fácil. *¿Cómo acabó sir Thomas Moro, primer ministro, en la Inglaterra del siglo XVI, con el rey adúltero Enrique VIII?* Seguir a Cristo en la medicina no es fácil. *¿Cuántos médicos ante la objeción de conciencia, por no aceptar el aborto, fueron despedidos de las clínicas!* Seguir a Cristo en la economía no es fácil. *¿Cómo acaban los economistas que hacen luz de las corrupciones?* Seguir a Cristo en un medio pagano y descristianizado, no es fácil; esos cristianos honestos no consiguen puestos y son orillados y humillados. Seguir a Cristo en el matrimonio y en la familia, no es fácil. Seguir a Cristo como joven que no se deja llevar por esos ambientes que ofrecen “pan y circo”, no es fácil. Seguir a Cristo como religiosas y monjas, no es fácil. Seguir a Cristo como sacerdotes fieles a su celibato, no es fácil. Seguir a Cristo cuidando y dedicándose a pobres, enfermos y ancianos, no es fácil.



REGRESAR al
Índice

Para reflexionar: ¿Pienso seguir a Cristo desde la comodidad? ¿Llevo mi cruz con serenidad y amor, unida a la cruz de Cristo? ¿Ya puse mis pies en las huellas que Cristo dejó en el evangelio?

Para rezar: *No siempre eres tú mi tesoro, Señor. No siempre te tengo en el centro de mi vida. Sin embargo, quiero luchar para optar cada vez más por ti. Quiero descubrirte y tenerte como el único y máspreciado tesoro de mi vida. No siempre eres tú mi Señor. Las riquezas, el tener, el consumo... me atraen demasiado y me acostumbran a lo cómodo, lo fácil. Sé que seguirte exige sacrificio, que dejarme llevar por esos señores, me alejará irremediamente de ti. Quiero ser libre y tenerte como mi único Señor.*



SOLEMNIDAD DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Ciclo C

Textos: Ez 34, 11-16; Rom 5, 5-11; Lc 15, 3-7

Idea principal: Contemplemos el *amor loco* de Cristo. El corazón tiene motivos que la razón no comprende –diría Pascal.

Síntesis del mensaje: En el Sacratísimo Corazón de Jesús están encerrados todos los tesoros de ternura, compasión y misericordia divinas para todos los hombres y mujeres. ¡Menos mal que Dios en Cristo se hizo amor misericordioso y loco para salvarnos! De lo contrario, ¿dónde estaríamos ahora?

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, todas las lecturas nos invitan a contemplar *la locura del amor* de Cristo. El amor que manifiesta su Corazón es un amor humano loco, que revela un amor divino todavía más loco. Los escribas y fariseos del evangelio de hoy no entienden esta locura de amor de Jesús con los pecadores y publicanos, tienen el corazón cerrado en el legalismo y en pergaminos. ¿A quién se le ocurre dejar las 99 ovejas e ir a buscar a la oveja perdida e indócil que se ha alejado del rebaño? Sólo a quien tiene un amor loco. La pérdida de la oveja provoca en el pastor un sentimiento de privación que invade todo su corazón y le hace olvidar todos los otros afectos, y se lanza a la búsqueda de esa oveja perdida, que es su vida. Y cuando la encuentra, se alegra, la sube a sus hombros, la acaricia, y cuando llega a casa, hace fiesta,

y comparte su alegría con los vecinos. Gestos todos de un corazón loco y lleno de misericordia. Humanamente, este comportamiento del pastor es criticable, porque no es justo reservar más amor a quien merece menos. No es razonable este comportamiento. Pero el amor de Dios no hace cálculos, razonamientos. Lo que quiere es salvar a todos. ¡Cuánto tuvo que luchar Jesús en su vida pública con esos hombres acartonados en la ley, pero sin caridad! Pero el mensaje de Jesús era justamente esto: el amor misericordioso. ¿No estamos celebrando el Año Jubilar de la Misericordia para tomar más conciencia del núcleo del evangelio de Jesús?

En segundo lugar, Pablo en la segunda lectura vuelve a la misma verdad: “*Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores*” (Rm 5, 6). Ya sabemos que los pecadores –y cada uno de nosotros lo es– no merecen sino castigos. No es razonable que un inocente se ofrezca a sí mismo a la muerte, y a una muerte infame –clavos, espinas, bofetadas, desprecios...–, en beneficio de unos hombres culpables. Desde el punto de vista de la razón, morir por otro, aunque se trate de un justo, es ya un exceso. Nadie se ofrece a sí mismo voluntariamente a la muerte; un hombre muere cuando se le impone la muerte. El Corazón de Jesús no siguió la lógica de la razón, sino la del amor divino. Y sigue entregándose a sí mismo por nosotros



en la Eucaristía: nos entrega su Cuerpo y su Sangre derramada por nosotros en remisión de los pecados. Su muerte en la cruz es la mayor locura de amor que se pueda concebir. Y en cada confesión, la sangre de Cristo se derrama por nuestra alma, lavándonos, purificándonos, renovándonos y santificándonos. ¿No es esto amor misericordioso?

Finalmente, algunos cristianos santos y mártires sí comprendieron este amor loco. Preguntemos a san Maximiliano María Kolbe. En 1941 es nuevamente hecho prisionero y ésta vez es enviado a la prisión de Pawiak, y luego llevado al campo de concentración de Auschwitz (campo de concentración construido tras la invasión de Polonia por los alemanes). Allí prosiguió su ministerio a pesar de las terribles condiciones de vida. Los nazis siempre trataban a los prisioneros de una manera inhumana y antipersonal, de manera que los llamaban por números; a San Maximiliano le asignaron el número 16670. A pesar de los difíciles momentos en el campo, su generosidad y su preocupación por los demás nunca le abandonaron. El 3 de agosto de 1941, un prisionero escapa; y en represalia, el comandante del campo ordena escoger a 10 prisioneros para ser condenados a morir de hambre. Entre los hombres escogidos estaba el sargento Franciszek Gajowniczek, polaco como San Maximiliano, casado y con hijos. “No hay amor más grande que éste: dar la vida por sus amigos” (Jn 15, 13). San Maximiliano, que no se encontraba dentro de los 10 prisioneros escogidos, se ofrece a morir en su lugar. El comandante del campo acepta el cambio. Luego de 10 días de su condena y al encontrarlo todavía con vida, los nazis le colocan una inyección letal el 14 de agosto de 1941. ¿No es esto amor loco por parte de Maximiliano María Kolbe?

Para reflexionar: ¿Cómo es mi amor por Jesús: sólo sentimental, esporádico, interesado, inconstante? ¿O es fuerte, firme, demostrado

en obras? ¿Qué estaría dispuesto a hacer por Cristo, si se me pidiera un duro sacrificio: huiría, protestaría, claudicaría? ¿O pondría mi pecho para dar la vida por Cristo y por los hermanos?

Para rezar: recemos con el cardenal, ya beato, John Henry Newman:

Amado Señor, ayúdame a esparcir tu fragancia donde quiera que vaya. Inunda mi alma de espíritu y vida. Penetra y posee todo mi ser hasta tal punto que toda mi vida sólo sea una emanación de la tuya. Brilla a través de mí, y mora en mí de tal manera que todas las almas que entren en contacto conmigo puedan sentir tu presencia en mi alma. Haz que me miren y ya no me vean a mí sino solamente a ti, oh Señor. Quédate conmigo y entonces comenzaré a brillar como brillas Tú; a brillar para servir de luz a los demás a través de mí. La luz, oh Señor, irradiará toda de Ti; no de mí; serás Tú, quien ilumine a los demás a través de mí. Permíteme pues alabarte de la manera que más te gusta, brillando para quienes me rodean. Haz que predique sin predicar, no con palabras sino con mi ejemplo, por la fuerza contagiosa, por la influencia de lo que hago, por la evidente plenitud del amor que te tiene mi corazón. Amén.



DÉCIMO TERCER DOMINGO TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: 1 Re 19, 16b.19-21; Gal 5, 1.13-18; Lc 9, 51-62

Idea principal: Dios pide *radicalidad* en la vivencia de nuestra vida cristiana, y no medias tintas.

Síntesis del mensaje: Si el domingo pasado Cristo anunciaba su Pasión e invitaba a sus seguidores a cargar también ellos con su cruz cada día, ahora se acerca la hora de la verdad y se encamina con decisión hacia Jerusalén, dando por terminada su predicación en tierras de Galilea. A Eliseo le costó seguir a Elías, despedirse de sus padres y sacrificar su yunta de bueyes, que era lo que tenía (1ª lectura). Este desprendimiento *radical* y seguimiento de Cristo tiene que ser en la libertad y desde la libertad (2ª lectura).

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, Dios pidió *radicalidad* a los profetas. Abramos la Biblia. Hoy mismo en la primera lectura. Elías por el campo, vio a Eliseo en la arada tras los bueyes, se quitó el manto y se lo echó a los hombros. “*Déjame decir adiós a mis padres*”, le pidió. “*Vete y vuelve*”, le dijo Elías. Cuando volvió, sacrificó sus dos bueyes, los asó al fuego de los aperos de labranza, celebró con sus trabajadores la cena del adiós y se fue de profeta (cf. 1 Re 19, 16-21). El permiso que pide para despedir a sus padres no tiene como finalidad dar largas a su decisión, sino que servirá precisamente para mostrar su

radicalidad. A Abraham le mandó salir de su tierra e ir a otra que Dios le indicaría. A Moisés le ordenó ir ante el faraón y echarle un discurso que nada tenía de blandengue. Y otro tanto a Isaías, a quien un querubín le purificó los labios con un ascua del altar (cf. Is 6, 6-7); a Jeremías el mismo Dios le tocó los labios (cf. Jer 1, 9); a Ezequiel le dio a comer un libro enrollado que le supo a mieles (cf. Ez 3, 1-3); a Jonás, que le mandó pregonar un duro mensaje de conversión al pueblo de Nínive. Dios fue radical con los profetas. Nadie lo puede negar. Él es el Señor, el Creador. Nosotros, sus creaturas y sus siervos. Sí, también será Padre. Pero tuvo que venir Cristo a revelarlo.

En segundo lugar, Cristo pidió *radicalidad* a los apóstoles. Porque cristiano es más que profeta. El evangelio es más exigente que el Antiguo Testamento. Abramos el evangelio de hoy. Jesús, a uno que le pedía el mismo permiso del adiós a sus padres que Eliseo hizo a Elías, le respondió que “*el que pone su mano en el arado y sigue mirando hacia atrás, no sirve para el reino de Dios*”. ¿Es o no exigente y radical, este Jesús? Y al fan que quiso seguirle: “*sábetes que si la zorra tiene madriguera y nido el ave, tú no tendrás almohada siquiera*”. A otro no le acepta la excusa dilatoria de que tiene que enterrar a su padre: “*Deja que los muertos entierren a sus muertos*”. Otra vez *radicalidad*, porque hay



mucho trabajo y no nos podemos entretener en cosas secundarias. En el primer caso, se nos dice que no por ser buenos cristianos, o por seguir la vocación religiosa o ministerial, se nos prometen ventajas temporales. Con la segunda respuesta, Jesús no desautoriza ciertamente la buena obra de enterrar a los muertos. Lo que nos dice es que no podemos dar largas a nuestro seguimiento y a nuestro servicio por el Reino. Hay que renunciar a los lazos de la familia si lo pide la misión evangelizadora, como hacen tantos cristianos cuando se sienten llamados a la vocación religiosa o ministerial, y tantos misioneros, también laicos, que deciden trabajar por Cristo dejando todo lo demás. No podemos hacer una cierta cirugía estética al evangelio por respeto al Respetable. Estos del evangelio de hoy, ¿siguieron a Jesús ante tanta radicalidad, o “tomaron las de Villadiego”, es decir, se fugaron y no volvieron a saber más de Jesús?

Finalmente, Cristo nos pide y nos pedirá radicalidad a todos nosotros, eso está claro. Por tanto, ante el evangelio hay que elegir: radicalidad o frivolidad; radicalidad o evangelio a mi bolsillo y con edición reducida; radicalidad o evangelio light. ¡Pues sí que está el hombre de hoy para radicalismos religiosos! ¡Buena está la religión y la Iglesia para exigirlos! El radicalismo que pide el evangelio es la fe o aceptación radical de Jesús como Hijo de Dios, la esperanza o confianza radical en Jesús como salvador del mundo y la caridad o entrega radical a la voluntad de Dios. La radicalidad del evangelio está en pensar como Jesús pensaba, tasar y valorar las cosas como Él lo hacía, trabajar como Él trabajó y amar como Él amó, adorar como adoraba Él, llorar y perdonar como Él lo hacía, morir como Él moría para resucitar. La radicalidad evangélica es triple: la disponibilidad sin condiciones a Dios; la entrega a Dios sin contemplaciones, y la vida consecuente y sin excepciones. Es la exigencia de Jesús a los suyos, los cristianos.

Esta radicalidad se concreta en la vivencia de los mandamientos, en la moral matrimonial, en la moral sexual y en la doctrina social de la Iglesia. Quien no entienda esta radicalidad, siempre estará poniendo “cojines” a las exigencias de Cristo e intentará aguar la radicalidad evangélica. Quien se entrega a esta radicalidad, será libre en su interior, sobre todo será libre del egoísmo y vivirá según el Espíritu (2ª lectura).

Para reflexionar: ¿Aceptamos o no esta radicalidad de Jesús? ¿Por qué? ¿Por miedo al infierno o por amor y santo temor de Dios? ¿Trato de vivir esta radicalidad en mi matrimonio, en mi familia? Los apóstoles dejaron sus barcas y sus redes; Eliseo, sus bueyes y su familia... ¿qué soy capaz de sacrificar yo para ser fiel a mi vocación cristiana en medio de un mundo que tiene otro estilo de vida?

Para rezar: Recemos con san Ignacio de Loyola.

*Tomad, Señor, y recibid
toda mi libertad,
mi memoria,
mi entendimiento
y toda mi voluntad;
todo mi haber y mi poseer.*

*Vos me disteis,
a Vos, Señor, lo torno.
Todo es Vuestro:
disponed de ello
según Vuestra Voluntad.*

*Dadme Vuestro Amor y Gracia,
que éstas me bastan.
Amén.*



DÉCIMO CUARTO DOMINGO TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Is 66, 10-14c; Gal 6, 14-18; Lc 10, 1-12.17-20

Idea principal: Retrato del *misionero cristiano*.

Síntesis del mensaje: Cristo en el evangelio de hoy da unas consignas concretas a esos 72 discípulos para su misión evangelizadora. Son consignas que parecen calcadas de las bienaventuranzas: humildad, espíritu de pobreza, actitud de paz, aceptación de las persecuciones. Estas mismas consignas valen para todos los misioneros de ayer, de hoy y de siempre.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, ¿qué debe llevar el misionero cristiano? ¿Cuál es el kit del misionero? Lo esencial. Cristo no se conforma con los doce apóstoles. Ahora elige y envía a otros setenta y dos, de dos en dos, a prepararle el camino. Y hoy Cristo sigue llamando ahora a muchos cristianos, sucesores de esos 72 –sacerdotes, misioneros, religiosos, padres, educadores, cristianos comprometidos, testigos de Cristo en medio del mundo, laicos que participan en los varios consejos y equipos parroquiales o diocesanos. Quiere que colaboremos en la obra de la evangelización de la sociedad, pues la mies es mucha y la secularización se extiende por doquier, sembrando la cultura y globalización de la indiferencia y del descarte. ¿Qué llevar? Lo esencial. Los apóstoles no tenían Cajas de ahorro ni tarjetas de crédito para meter y sacar dinero. ¿Qué llevar, entonces? Unas *rodillas* para rezar y pedir al dueño de la mies que

mande más obreros a su mies. Unos *pies* ágiles para recorrer todas las periferias de los pueblos y ciudades. Una *boca* para anunciar el mensaje con decisión, entusiasmo, convicción, respeto y amor, sin miedo ni cobardías. Un *corazón* lleno de fervor y amor por Jesús y su Reino. El resto –dinero, comida, sandalias...corre a cuenta de la Providencia divina. Cristo quiere a sus misioneros pobres, de vida sobria, mantenernos libres de intereses y posesiones y así estar más disponibles para la tarea más fundamental: anunciar su Reino. Este es el sentido de los votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia de los religiosos. Los misioneros de Cristo deben sentirse peregrinos, no instalados cómodamente en posiciones conquistadas. ¿Qué llevó san Francisco Javier cuando fue a las Indias? ¿Qué llevaron los primeros misioneros que fueron a la Nueva España en las carabelas de Colón? ¿Qué llevó Francisco de Asís? ¿Qué trajeron a las tierras de Santa Cruz (Brasil) las monjas y religiosos que vinieron de España, de Italia, de Alemania, de Portugal?

En segundo lugar, ¿qué debe anunciar el misionero cristiano? Primero, desear la paz. Y después anunciar este mensaje: “*está cerca de vosotros el Reino de Dios*”. Los conquistadores cuando llegan a un lugar no llevan la paz, sino el ansia de conquista, incluso con la espada, si es necesario. Los mensajeros del evangelio, en cambio, llevan la paz. Por eso carecen de medios violentos. La paz significa satisfacción



de las aspiraciones más profundas del hombre. Cristo, gracias a su misterio pascual, nos hizo partícipes de su paz: paz con Dios, la paz de las conciencias y la paz entre las personas. Dios quiere que todos sus hijos vivan en la paz, en la alegría y en el amor. Dios está lleno de ternura y nos invita a la exultación, al gozo, pues la palabra *Shalom* no significa sólo ausencia de conflictos, sino también abundancia, consuelo, caricia y prosperidad (1ª lectura). Pablo desea siempre “gracia” y “paz” al inicio de sus cartas. Las dos van juntas. La “gracia” es el amor gratuito de Dios, que se nos ha dado por medio de Jesucristo y nos trae la “paz”. Primero la paz con Dios y, a continuación, la paz en nuestro interior, en nuestra conciencia, y la paz con todos los hombres, que, en cuanto hijo de Dios, tienen derecho a nuestro amor. Y el Reino que debemos anunciar es el reino de Nuestro Señor Jesucristo Rey del Universo: reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz, de cercanía y ternura.

Finalmente, ¿cómo debe reaccionar el misionero cristiano delante de los contratiempos? Es verdad que en algunas partes seremos bien recibidos: gentes que nos escucharán con agrado, que abrirán el corazón al mensaje, que nos hospedarán en sus casas, que nos ayudarán, que nos apoyarán y animarán. Muchas veces también tendremos éxitos y triunfaremos de los poderes del mal. Pero también habrá lobos: materialismo sin alma, indiferencia, relativismo, hedonismo cúlctico al cuerpo, secularismo sin espíritu, agnosticismo, ateísmo sin Dios. Puertas que se nos cierran. Habrá días que sentiremos el desaliento, el cansancio, el hastío. Gente que nos criticará. Cultura e idiomas nuevos y tan distintos a los nuestros. Fracasos. Cristo

nos marcará con sus estigmas, como hizo a Pablo de Tarso (2ª lectura), a san padre Pio de Pietrelcina y a san Francisco de Asís. Cristo no nos promete que siempre seremos acogidos y que nos va a resultar fácil nuestro testimonio de vida cristiana. ¿Qué hacer? Tanto a unos como a otros tenemos que anunciarles ese mensaje: “de todos modos, sabed que está cerca el Reino de Dios”. Y siempre con mansedumbre y misericordia, no con violencia. Si nos rechazan, no tendríamos que intentar tomarnos la justicia por nuestra mano, condenando a derecha y a izquierda, como querían hacer esos apóstoles pidiendo caer del cielo fuego y castigo sobre los que no les recibieron (domingo pasado). Sembrar, sembrar, sembrar. El resto, que lo haga el Espíritu Santo.

Para reflexionar: ¿Estoy preparado para ser misionero de Cristo? ¿Qué llevo en la talega de mi corazón: oro y plata, o el amor a Cristo y el ansia de extender su Reino por todas partes? ¿Me desanimo rápido ante las dificultades de la evangelización? ¿O al contrario, me crezco y confío en la fuerza del Espíritu Santo, como los primeros apóstoles, que predicaban con osadía y valentía?

Para rezar: recemos esta oración de los Claretianos:

Haz, Señor, que los Misioneros

Hijos del Inmaculado Corazón de María

seamos hombres que ardamos en caridad

y que abrasemos por donde pasemos.

Que deseemos eficazmente y procuremos por todos los medios posibles



*encender a todo el mundo en el fuego del
divino amor.*

Que nada ni nadie nos arredre.

*Que sepamos gozarnos en las privaciones,
abordar los trabajos, abrazar los sacrificios,
complacernos en las calumnias que nos
levanten,*

*alegrarnos en los tormentos y dolores que
suframos*

y gloriarnos en la cruz de Jesucristo.

*Que no pensemos sino en cómo seguir
e imitar más de cerca a Jesucristo*

en orar, trabajar y sufrir

*y procurar siempre y únicamente la mayor
gloria de Dios*

y la salvación de las almas.

Amén



DÉCIMO QUINTO DOMINGO TIEMPO COMÚN

Ciclo C

Textos: Deut 30, 10-14; Col 1, 15-20; Lc 10, 25-37

Idea principal: La *caridad misericordiosa* es el distintivo propio del cristiano.

Síntesis del mensaje: Hoy nos sorprende este evangelio de Lucas sobre el buen samaritano, que recoge todos los rasgos de la *caridad misericordiosa*, predicados y vividos por Cristo durante su vida terrena, para que también nosotros le imitemos.

Puntos de la idea principal:

En primer lugar, fijemos la atención en el *sacerdote* que pasa de largo. ¿Cuál era la función o ministerio del sacerdote -en hebreo *kún-* del Antiguo Testamento? Es el hombre que “*está delante de Dios*” (Dt 10,8). También el sacerdote sería el hombre que se inclina en adoración ante la divinidad. Otros todavía relacionan el término con una raíz atestiguada en siríaco, que expresa el concepto de prosperidad; el sacerdote es el hombre que, por medio de la bendición, procura la prosperidad para todos. En griego, *kohen* ha sido traducido por *hiereús*, término emparentado con *hierós*, sagrado: el sacerdote es el hombre de lo sagrado. Resumiendo sus funciones: hacer oráculos por medio de objetos sagrados llamados *tummim* y *urim* (cf. 1Sam 23,9; 30,7) enseñan los preceptos de Dios (cf. Ag 2,11s; Zac 7,3; Dt 31,9; Mal 2,7); a la función de la enseñanza va ligada también una cierta competencia jurídica (cf. Dt 21, 5); otra función, ofrecer los sacrificios

(cf. Dt 33,10); pureza ritual, y por eso debían evitar todo contacto que les volviese impuros (basta leer el libro del Levítico), transmitir la bendición de Dios y la custodia del Santuario. Ahora entendemos cómo fue gravísima a los ojos de Dios la omisión de este sacerdote ante ese hombre tirado y apaleado en el camino y a punto de morir. Nada hizo por socorrerlo. Sus ojos cerrados por egoísmo. Su corazón petrificado por el legalismo. Sus manos esclerotizadas por el peso de tantos candelabros. ¿De qué servían sus rezos sin caridad misericordiosa? ¿De qué le servían sus abluciones y lavatorios sin caridad misericordiosa? ¿De qué le servían sus inciensos olorosos en el templo, si no supo ver la imagen de Dios herida en ese prójimo que agonizaba y que olía a injusticia, abuso? “*De nada sirve*”, nos dirá san Pablo en el famoso himno de la caridad (cf. 1Cor 13, 1- 13).

En segundo lugar, fijemos la atención en el *levita* que también pasa de largo. ¿Qué función realizaba el levita? En Israel las funciones culturales fueron confiadas a los levitas, competencia especial para el culto (cf. Jue 17,7-13). También, actuaban como guardianes del templo y de las diversas ceremonias y ofrendas que tenían lugar en él. Los levitas oficiaban el servicio de la mañana, ofrecían la bendición al final del servicio -como portavoces directos de Yahvé- y pedían la influencia divina de su dios.



Ellos eran criados dentro del templo, ayudando a otros sacerdotes, y se desempeñaban como guardianes del tabernáculo. Dado que se sacrificaban muchos animales como ofrendas en el templo, ellos realizan estos sacrificios. Se esperaba que los levitas sintieran celo por el Señor, hasta el punto de sacrificar cualquier derecho sobre una propiedad o posesión de tierras. Como representantes de Yahveh, o “Cohen” en hebreo, debían demostrar ciertas características piadosas como la bondad, la sabiduría y la justicia. Ahora se entiende la gravedad de la omisión del levita en este evangelio de hoy: vio al hermano tirado, herido, medio muerto, pero pasó de largo. ¿De qué sirve la piedad sin la caridad? ¿De qué sirve la sabiduría sin la caridad? ¿De qué sirve abrir y cerrar puertas de los templos y encender velas a los santos y ofrecer exvotos y hacer peregrinaciones a pie y flagelarse, e imponerse ayunos y abstinencias fuertes, sin la caridad? De nuevo nos responde san Pablo: “*De nada sirve*”.

Finalmente, fijemos la atención en el *buen samaritano*. ¿Qué y quién era un samaritano? Los samaritanos (habitantes de la ciudad y región de Samaria), no eran bien vistos por los judíos del sur, debido a ciertas diferencias raciales que provenían desde la época del primer cautiverio. Aunque eran hebreos, eran menospreciados y considerados como hebreos extranjeros, o hebreos de segunda clase, por los que eran de Judá (al sur). Y porque se mezclaron con los extranjeros que habían traído de Asiria y Babilonia, eran tenidos como mestizos y racialmente impuros. Además, adoptaron una religión que era una mezcla de judaísmo e idolatría (2 Re 17, 26-28). Más motivos de odio contra los samaritanos: los judíos, después de su regreso de Babilonia, comenzaron a reconstruir su templo, y mientras Nehemías estaba comprometido en la construcción de los muros

de Jerusalén, los samaritanos vigorosamente intentaban detener la empresa (Nehemías 6, 1-14); y ellos mismos construyeron un templo para ellos mismos en el “Monte Gerizim”. Más, Samaria se convirtió en un lugar de refugio para todos los forajidos de Judea (Josué 20, 7; 21, 21). Y el colmo: los samaritanos recibieron solamente los cinco libros de Moisés y rechazaron los escritos de los profetas y todas las tradiciones judías. Ahora entendemos todo el odio, el desprecio de los judíos hacia esa raza. Y sin embargo, el samaritano del evangelio, ¿cómo reaccionó ante el pobre judío maltrecho y medio muerto por la paliza propinada? Vio a ese hombre. Sintió compasión por él. Y sacó de su corazón gestos de la *caridad misericordiosa*: se acerca, baja del jumento, le derrama vino y aceite en las heridas, las venda, lo monta sobre la cabalgadura, lo lleva al mesón, paga por él. Caridad que no desemboque en detalles concretos no es caridad misericordiosa; será a lo más, filantropía.

Para reflexionar: San Agustín nos hace reflexionar sobre esta parábola. Quien está tirado y apaleado al borde del camino es la humanidad toda. Los tres grandes enemigos del hombre –mundo, demonio y nuestras pasiones– son los que nos dejan medio muertos. Cristo es el Buen Samaritano que bajó del cielo y se acercó a nosotros, poniéndonos el bálsamo de sus sacramentos, llevándonos al mesón de la Iglesia y pagando con su sangre el precio que exigían tantos cuidados. ¿En cuál personaje nos reflejamos: sacerdote, levita o samaritano?

Para rezar:

*Señor, no quiero pasar de lejos
ante el hombre herido en el camino de la
vida.*

*Quiero acercarme
y contagiarme de tu compasión
para expresar tu ternura,*



*para ofrecer el aceite que cura heridas,
el vino que recrea y enamora.*

*Tú, Jesús, buen samaritano,
acércate a mí,
como hiciste siempre.*

*Ven a mí para introducirme en la posada de
tu corazón.
acércate a mí,
herido por las flechas de la vida,
por el dolor de tantos hermanos,
por los misiles de la guerra,
por la violencia de los poderosos.*

*Sí, acércate a mí,
buen samaritano;
llévame en tus hombros, pues soy oveja
perdida;
carga con todas mis caídas,
ayúdame en todas mis tribulaciones,
hazte presente en todas mis horas bajas.*

*Ven, buen samaritano,
y hazme a mí tener tus mismos
sentimientos,
para no dar nunca ningún rodeo
ante el hermano que sufre,
sino hacerme compañero de sus caminos,
amigo de tus soledades,
cercano a tus dolencias,
para ser, como Tú, “ilimitadamente bueno”
y pasar por el mundo “haciendo el bien”
y “curando las dolencias”. Amén.*